BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE LA HUELLA

Curtis Garland

¡MACUMBA!



COLECCION
LA HUELLA

CURTIS GARLAND

¡MACUMBA!

Colección LA HUELLA n.° 64
Publicación quincenal
Aparece los lunes

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 45324-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

Macumba: rito o ceremonia secreta de hechicería brasileña. Auténtico vudú a la brasileira, que habitualmente tiene su eclosión suprema en la ciudad de Bahía, la noche ritual de fin de año. Pero también durante el frenético Carnaval carioca, la magia fantástica de la macumba puede estar presente… si se busca. Y si se sabe encontrar.

Capítulo primero

—Eres hermosísima, criatura. La más hermosa mujer que jamás he conocido… ¿Cómo esperas darme miedo ahora con tus palabras, con tus gestos? Sería ridículo temer nada de una muchacha como tú…

Ella le contempló fijamente, erguida ante él, en el centro de la habitación. La luz recortaba su silueta de un modo peculiar, como perfilando sus más íntimas formas contra la claridad tenue y azulada de la estancia lujosa.

—Cometes un error —dijo lentamente—. He venido a matarte.

El soltó la carcajada, divertido por aquellas palabras. Era lo mismo que si hubiera oído un chiste muy gracioso, aunque el modo de pronunciar ella la frase había distado mucho de reflejar burla o expresar algún sentido del humor.

—¡Excelente! —aprobó él con un aplauso—. Creo que me convencen tus dotes de actriz, mi amor… De ser otro quien escuchara esas palabras de tus labios, estoy convencido de que se llegaría a asustar realmente de ti. Dicen que la muerte puede tener un rostro hermoso, pero yo nunca lo he creído. No, preciosa. Tú eres la vida, el placer, la felicidad… Todo lo contrario de lo que tus palabras tan divertidas podrían dar a entender. Ahora, ¿por qué no terminas tu estupenda representación y te sientas aquí, a mi lado, a tomar una copa, como tantas otras veces?

Ella le seguía mirando con fijeza. En el rostro moreno, con el bronce vivo de su raza sensual y cálida, los ojos eran dos destellos helados, clavados en el hombre.

—Tienes que morir —dijo—. Estás sentenciado.

El rió entre dientes, sacudiendo la cabeza. Luego, frunció el ceño.

—Escucha, Lorena —dijo—. Ya me has divertido bastante con tus bromas. De verdad que lo he pasado muy bien. Recibirte aquí, oyéndote hablar como si fueses la verdadera encarnación de la muerte, ha sido una delicia. Creo que equivocaste tu carrera: en vez de ser bailarina y cantante de música ligera de tu país, pudiste haber elegido el arte dramático, palabra. De todos modos, aún es tiempo. Eres tan joven, que puedes hacer cuanto desees en esta vida. Sobre todo, si tienes amigos y protectores tan importantes como yo, cariño.

Ella avanzó despacio, majestuosa. Se detuvo delante de él, con la mirada fija, inexorable. La hermosura de sus rasgos de mestiza, su negrísimo cabello, sus labios carnosos y voluptuosamente fruncidos casi siempre, su breve naricilla y sus ojos grandes, rasgados y muy oscuros, parecían tener ahora un matiz diferente. Como una máscara idéntica a la Lorena que aquel hombre conocía. Pero distinta. Muy distinta.

Su cuerpo apenas si podía disimular sus formas llamativas y espléndidas, bajo aquel tejido que la envolvía, liviano y translúcido, permitiendo que sus líneas se dibujaran nítidamente al contra luz.

Cosa rara. Ahora, Lorena vestía enteramente de rojo. Él se había sorprendido ante eso. Precisamente porque sabía que Lorena detestaba el color rojo…

—Vamos, siéntate —la invitó él—. Te he citado hoy para que discutamos precisamente. Te dije que haría algo grande de ti. Y, desde luego, lo haré. Sólo de ti dependerá que tu porvenir sea brillante y espectacular, que escales las más altas cotas del éxito… Yo me preocupo de eso, Lorena. Sabes que puedo hacerlo, si me lo propongo.

Lorena caminó unos pasos más. Rodeó el sofá. Se quedó erguida, delante del rico, importante hombre de negocios. Contempló su figura recia, su rostro ancho y enérgico, el brillo combativo de sus ojos azules, la sensualidad algo innoble de su gesto, el vaso de combinado en su mano, brillando a la luz de la lámpara con un reflejo ambarino…

—Vas a morir, De Souza —dijo lentamente—. Vas a morir, ahora, Nelson De Souza… Así lo quiero yo, La Sazi. Así lo quieren los espíritus de los muertos y los espíritus de la Naturaleza…

—¿Qué dices? —Enarcó él las cejas, malhumorado—. ¿La Sazi?

¿Qué es eso? La palabra me suena, pero no logro concretar de qué… Lorena, ¿no crees que la broma dura ya lo suficiente? Te dije que creo en tus dotes dramáticas. Si prefieres triunfar como actriz, lo lograrás, no lo dudes. No tienen que persuadirme más para ello.

—Los espíritus dictaron su sentencia contra ti, De Souza… —musitó ella, lenta y extrañamente—. De modo que… ¡muere!

Sus ojos seguían fijos en él. Sus manos se alzaron, desnudas, morenas y esbeltas, pero sin objeto agresivo alguno en los dedos de largas uñas bien manicuradas, de sortijas variadas y brillantes…

Un alarido de muerte, de agonía infinita y terrible, retumbó en el lujoso apartamento del edificio de Copacabana.

Un hombre murió, sin que arma alguna llegase a herirle físicamente. Bajo la mirada helada y cruel de una hermosísima mujer de color, vestida enteramente de rojo, turbadoramente bella, turbadoramente mortal…

* * *

—Nelson De Souza. Ése era su nombre…

—¿Más detalles?

—Sí. Brasileño. Nacionalizado norteamericano. Gran fortuna. Negocios, yates, avión particular… Un magnate, en suma.

—¿Causas de la muerte?

—Desconocidas.

—¿Cómo?

—Desconocidas… por el momento. El forense decidirá, tras la autopsia. No hay ninguna otra noticia, de momento, sobre lo que motivó su muerte.

—Pero… ¿fue provocada, realmente?

—Parece evidente, por ciertos detalles —suspiró el policía—. El vaso de licor caído, pisoteado luego… Y esa calavera. Una calavera humana, evidentemente, pintada con extraños signos y simbolismos… junto al cadáver de De Souza. Significativo, ¿no?

—Por sí sola, no quiere decir nada.

—Quizá. Pero si alguien se molesta en dejarla junto al muerto, y pisotea la copa de combinado que se estrelló en el suelo, dejando luego pisadas de mujer bien nítidas, sobre el *parquet*…, ¿qué me diría usted?

—Pisadas de mujer…

—Sí. Tacón alto. Posiblemente un 38. Indudablemente de mujer, pero un hombre puede calzar zapatos de mujer, si quiere desorientar a la policía. Estamos investigando eso. Los expertos dicen que se puede deducir por la distancia de las pisadas y la forma de producirse, si quien caminaba era una mujer o un hombre.

—¿Y el aspecto del cadáver, señor?

—Realmente horrible. Un gesto que asustaba e impresionaba. Jamás vi terror más grande en la cara de un hombre, puede creerme. Ojos desorbitados, boca abierta, gesto crispado, manos engarfiadas… Y luego, el símbolo, el dibujo rojo…

—¿El… dibujo rojo?

—Eso es. La misma calavera, toscamente dibujada con pintura roja… o con sangre, no sabemos aún. Sobre su frete, entre ambas cejas. Lo curioso es que el forense sostiene provisionalmente que la muerte de ese hombre pudo producirse por una lesión cerebral como la que produciría un objeto clavado en su masa encefálica, como un clavo o una púa de acero lo bastante dura para taladrar el cráneo… Algo ridículo, creo yo. Veremos si lo confirma en la autopsia.

—¿Hubo alguien anoche, en ese apartamento?

—Parece ser que sí. Por lo menos, alguien fue visto, visitando a De Souza.

—¿Quién?

—Por supuesto… una mujer. Una mujer vestida de rojo…

—¿La asesina, tal vez?

—Lo dudo, amigo mío —el oficial de la policía brasileña, miró pensativo a la periodista que le hacía la pregunta, la importante reportera de noticias del Canal Siete, de Río de Janeiro, Amanda Soares. Tras una pausa, le soltó la noticia a la joven y atractiva periodista de la televisión—. Se trataba, según parece, de Lorena Acosta, la artista de espectáculos musicales del Samba Palace, en Ipanema. Una hermosa muchacha cuya conexión con un crimen semejante es totalmente improbable, señorita Soares.

* * *

Era como el estallido de color, luz y música capaz de deslumbrar al espectador y desbordar los sentidos de éste en un auténtico paroxismo de placer visual, auditivo y de todo tipo.

Los cuerpos morenos, semidesnudos, voluptuosos y cimbreantes, parecían sumergidos en un delirante caos de ritmo, de vitalidad, de auténtico sentido de las danzas más primarias y ancestrales de una raza nacida para bailar y vibrar con la música. En torno a las formas exuberantes de las brasileñas de cuerpo bronceado, las flores, los adornos, las sedas y los alardes de color, ponían un cromatismo casi increíble. Imposible de imaginar, si no se estaba allí ahora, en Ipanema, en el Samba Palace, asistiendo al carrusel de música, de luces, de pinceladas irisadas, multicolores, como el sueño demencial y maravilloso de un pintor loco, entregado al frenesí de su imaginación desbordada.

Y como centro de todo aquello… ella.

Ella. Una de las más hermosas criaturas imaginables. Ella: Lorena Acosta, la reina de las noches cariocas, la belleza de la escena, la primera luminaria del gran musical brasileño.

Lorena Acosta, con su piel de bronce vivo, palpitante, con sus rasgados e inmensos ojos oscuros, de párpados sombreados de color brillante, de cuerpo escultural, apenas cubierto lo imprescindible, por minúsculas piezas de lentejuelas doradas y de centelleantes gemas de fantasía, que contrastaban vivamente con el brillo dorado oscuro de su piel desnuda.

Lorena Acosta, diosa del *musicall* de Río, sacerdotisa nocturna del *show* deslumbrante de un pueblo nacido para danzar, para vibrar, para transmitir a todos aquellos ritmos que parecían marcar las palpitaciones de su propio corazón y el latido de su sangre ardiente en las venas.

La samba, el candomblé, las marchinhas y los afros, convertidos en racial estallido de musicalidad por el nativo carioca, eran variaciones sin secreto alguno para el sentido del ritmo de aquella mujer extraordinaria como hembra y como artista.

Quizá por ello estaba tan repleto siempre el Samba Palace. Quizá por ello eran caravana los automóviles que partían desde el centro de Río hacia Ipanema, para asistir a las representaciones del gran espectáculo de Lorena Acosta.

Pero no todos los asistentes a la representación eran personas interesadas en el arte o en la belleza física de Lorena. No todos, al menos aquella noche. La noche siguiente a la que conoció el asesinato de Nelson De Souza en su lujoso apartamento de

Copacabana, en el edificio Luxor, de la Avenida Atlántica.

Había alguien en aquel local, presenciando la representación de Lorena Acosta, reina indiscutible e insuperable de la samba, cuyo interés por la danza o por el atractivo físico de la hermosa mujer, era muy relativo. Pero muy grande su afán por ella misma, por Lorena Acosta, al margen de esos dos importantes aspectos de su personalidad.

Ese alguien era un hombre alto, enjuto, de piel oscura y reseca, curtida como un cuero y arrugada como la epidermis áspera de una momia. En ese rostro anguloso, magro e inquietante, brillaban dos ojos extrañamente claros para el tono de su tez, de un azul vacuo, casi blanquecino. Ojos perdidos en el vacío, como si no mirasen a ninguna parte.

Ante él, un conminado se mantenía intacto, sin que el hombre hubiese probado siquiera un breve sorbo de él, y las manos extendidas sobre el mantel de la mesa del Samba Palace, ofrecían unos largos, huesudos dedos sarmentosos, de arrugada epidermis, negruzca como la pez. Ciertamente, un cadáver embalsamado no hubiese tenido peor ni más feo aspecto que aquel individuo sentado en un oscuro rincón de la sala, casi detrás de una de las columnas, que le protegía discretamente de la visión de los demás. Y también de la directa visibilidad de la propia Lorena Acosta, caso de haber tenido algún interés en contemplar a su extraño espectador, cuyo terno color *beige* contrastaba más aún con el matiz sombrío de su piel.

Ese hombre, ciertamente, tenía algún otro oculto interés en su contemplación de la reina del musical carioca. Un interés que iba más allá de su arte frívolo, de su racial pasión de la danza, y hasta de sus curvas y latente sensualidad.

Un interés que parecía tener, en el fondo, algo de siniestro, de oculto, de inquietante. A pesar de que Lorena fuese incapaz de advertirlo desde la cascada de luz y color del escenario del Samba Palace.

Pero no era él sólo quien estaba esa noche en el local por causas ajenas a la valía artística o física de Lorena Acosta.

Había alguien más en el local de Ipanema. Alguien muy diferente al hombre de la mesa. No estaba acomodado en ningún sitio, sino en pie junto a la barra, fija su mirada oscura y penetrante

en la hermosa joven del escenario. Bajo los cabellos castaños, rebeldes y en desorden, el rostro era joven, viril y de duras facciones casi agresivas.

Evidentemente, no era brasileño. Era un extranjero. Un norteamericano.

Estaba allí por varios motivos. Todos ellos muy graves. Muy trascendentes.

En primer lugar, por la mujer llamada Lorena Acosta. En segundo lugar, porque había huido de Estados Unidos, buscando asilo en Brasil. El país que no tenía tratado de extradición con ningún otro país. Donde, por tanto, uno podía residir impunemente, si era perseguido por las autoridades de su propia patria.

Ése era el caso del joven americano apoyado en el mostrador del local. Burt Hodiak había llegado al Brasil evadido de su país. Perseguido por la policía. Acusado de un grave delito.

Ese delito era… asesinato.

El asesinato de un hombre en Florida. Asesinato en primer grado, capaz de llevarle a la ejecución.

Por eso estaba en Río de Janeiro esa noche. Por eso estaba en el Samba Palace de Ipanema, contemplando la actuación de Lorena Acosta.

Porque entre esa hermosa mujer y un asesinato en Florida, Estados Unidos, había un nexo, un eslabón.

Y eso lo sabía muy bien Burt Hodiak, el hombre acusado de haber matado a un hombre para robarle algo muy valioso…

CAPÍTULO II

—Sé su nombre: Burt Hodiak. Evadido de Estados Unidos. Por homicidio.

—Cielos… ¿Y qué hace aquí está noche?

—No lo sé, señorita Soares —confesó con sencillez el policía, encogiéndose de hombros—. Pero mi obligación es averiguar quién es cada cual en mi ciudad, y por qué está aquí. Nuestro país es el paraíso de los delincuentes de medio mundo, usted lo sabe. Pero no me gusta ver entre nosotros a los autores de delitos de sangre.

—¿Qué puede hacer oficialmente para expulsar a ese hombre?

—Nada. Nada en absoluto, a menos que él quebrante las leyes brasileñas —suspiró el oficial de policía carioca—. Lo haré vigilar. Es todo lo que puedo hacer, por el momento. Ya tengo bastantes problemas con el asesinato de De Souza. No quiero más líos por el momento.

Amanda Soares estudió de soslayo, con evidente interés, al joven americano. Sacudió la cabeza, con perplejidad.

—No parece un criminal —comentó—. Tiene aspecto de un joven deportista…

—No se fíe de eso. Hay muchos asesinos con aire aniñado, cordial o amistoso. De todos modos, creo que él niega rotundamente haber cometido crimen alguno. Claro que sería ingenuo esperar que un delincuente admita ser culpable de algo… Pero también creo que hay que concederle a un hombre el beneficio de la duda, en tanto no se demuestre rotundamente su culpabilidad.

La joven reportera de noticias del Canal Siete, movió afirmativamente la cabeza. Su mirada estudió la alta y esbelta figura del joven norteamericano, vestido de tono claro, liviano de tejido, como era norma en las ciudades cálidas. Y Río lo era,

especialmente en esta época del año.

—Es un tipo muy apuesto y atractivo —juzgó con un criterio muy femenino—. Se me hace difícil imaginarle cometiendo un crimen a sangre fría, comisario.

—A mí también —aceptó el comisario Do Santos, de la policía carioca—. Pero debo aceptar de momento los informes de mis colegas americanos. No podemos devolverles al hombre, porque va contra las leyes brasileñas, y ellos lo saben tan bien como yo… y como él, por supuesto. Pero sí mantener un severo control sobre su persona, mientras resida en mi país.

—¿Tiene medios de fortuna propios?

—Algo ha de tener, o se le podría expulsar de Brasil por ello. Lo cierto es que se ha alojado en el hotel Duro Verde, de Copacabana, que no es precisamente para personas indigentes, y que no parece pasar apuros económicos. Lo cual encajaría muy bien con la teoría de que mató a un hombre en Miami Beach por motivos puramente económicos. Concretamente, para robarle unas valiosas joyas, objetos de arte precolombino, o algo así.

—¿Era algún coleccionista el que fue víctima de ese crimen en Estados Unidos? —se interesó vivamente la joven escritora de la TV carioca.

—Pues sí, lo era —afirmó con cierta sorpresa el comisario Do Santos, revisando algo en un pequeño libro de tapas de cuero rojo que llevaba en su bolsillo—. Exactamente, su nombre era Howard Osborne, americano, de origen europeo. Muy rico. Poseía la más completa y costosa colección de arte conocida en toda Florida. ¿Por qué se le ocurrió esa pregunta, señorita Soares?

—Muy sencillo —los ojos claros de ella tuvieron un repentino brillo peculiar—. ¿Se ha dado cuenta de que, según muchas personas, Nelson De Souza, el hombre asesinado en Copacabana, además de ser un magnate de las finanzas, era un notable coleccionista de obras de arte?

—Cielos, no había sido informado de eso. —Do Santos contempló fijamente a la muchacha—. ¿Está segura de ello?

—Totalmente, comisario. No sólo eso, sino que actualmente se exhiben en la Galería Nacional de Botanical Gardens una colección de joyas antiquísimas, de incalculable valor, pertenecientes por cierto a Nelson De Souza, y cedidas por él para esa exhibición

especial…

—Vaya… —suspiró el policía—. Y, casualmente, tenemos reunidos aquí esta noche a un hombre mezclado con la muerte de otro coleccionista de arte en Estados Unidos… y a una mujer Cuya descripción coincide con la última visita que De Souza tuvo en un apartamento, antes de morir misteriosamente.

—¿Casualmente? —dudó ella, enarcando las cejas—. ¿Usted lo cree, comisario?

* * *

Una impresionante atronadora salva de aplausos acogió el final de la representación, en su primera parte. Lorena Acosta se retiró de la escena entre el clamor de un público entusiasta, despidiendo a todos con besos y sonrisas.

Luego, cansadamente, se dirigió a su camerino de modo resuelto, cambiando su gesto anterior, de complacencia y simpatía, por uno más desabrido y hosco, de fatiga y quizá también de disgusto.

—Señorita Acosta, el almirante Carvalho y el señor Gonzalvo, esperan impacientes a que usted les reciba y… —comentó una rolliza, sudorosa negra, de lustrosa piel y grandes ojos redondos, de apacible mirada, acompañándola presurosa hacia el camerino.

—¡No quiero ver a nadie! —rechazó ella vivamente, sacudiendo la cabeza, tras despojarse del espectacular tocado de frutos tropicales que formaban su gorro de actuación, semejante a aquellos que, en otro tiempo, difundieran las películas en tecnicolor de su compatriota, Carmen Miranda—. ¡No tengo ganas de hablar con nadie ni soportar a persona alguna, Elsa! ¡No deseo sentirme más fatigada de lo que estoy, cuando deba volver al escenario!

—Pero, señorita, ellos pensaron que usted permitiría…

—No permitiré nada, Elsa —protestó, entrando casi violentamente en su camerino, amplio y repleto de grandes ramos de flores envueltos en crujiente celofán, tributo de sus admiradores a la belleza femenina avasalladora de la mujer triunfante en el Samba Palace—. Diles lo que quieras, cítales para otro día, y dales mi promesa formal de que entonces sí les recibiré, pero no ahora, ¿entiendes? No ahora, por nada del mundo…

Se dejó caer ante el espejo de su tocador, comenzando a

desvestirse de las escasas y diminutas prendas que adornaban las formas rotundas de su cuerpo de bronce palpitante. Elsa, la fiel sirvienta de color, procedía entretanto a limpiar el leve sudor de su piel, con una toalla de suave tacto.

Afuera, se quedaron los dos empleados del local, que acostumbraban a montar guardia para impedir la llegada de intrusos al camerino. Elsa asomó para ordenarles que, bajo pretexto alguno, no permitieran llegar a nadie al camerino.

—La señorita Acosta está muy cansada —dijo, por toda explicación—. Muy cansada…

Eso fue todo. Una multitud de personas, ávidas de aproximarse a la morena belleza tropical, se hacinaron allá fuera, inútilmente. Muchas de esas personas eran notables ciudadanos de Río, influyentes o millonarios ante quienes todas las puertas se abrían. Las de Lorena permanecieron, sin embargo, cerradas.

—Debería descansar una temporada, señorita —hablaba Elsa, mientras ayudaba a Lorena a envolver su desnudez triunfante en la tenue seda de color de una liviana bata—. Es demasiado trabajo el que soporta últimamente… Sus nervios se agotarán, estoy segura.

—Tendremos tiempo de descansar el mes próximo, Elsa —sonrió distraídamente la cantante—. No pienso renovar contrato por ahora. Deberán conformarse con anunciar mi reaparición la próxima temporada.

—Eso estará mucho mejor, mi niña —suspiró su fiel sirvienta—. De ese modo, estoy segura de que podrá disfrutar del Carnaval como todos los demás…

—El Carnaval… —Hubo un leve estremecimiento en Lorena. Alzó los ojos. Contempló, profundamente, pensativa, a su sirviente —. Sí, es cierto. Ya lo había olvidado… Estamos a punto de llegar a esas fechas…

—Las comparsas no lo olvidan —rió Elsa, de buen humor—. Ya tienen todo a punto. Les arde la sangre por salir a la calle y comenzar la danza sin parar durante los cuatro días del Carnaval…

—Ellos danzan sólo cuatro días sin cesar —le recordó Lorena—. Yo me paso así toda la vida, Elsa. Quiero el Carnaval para descansar, para contemplar sus danzas, para ver a mi pueblo embriagado de ritmo olvidando el que agita mi sangre y mi cuerpo noche tras noche.

—Sí, señorita —afirmó Elsa—. Y yo, lo mismo que en fin de año, iré a ver la macumba a los míos…

—La macumba… —Algo se agitó dentro de Lorena. Elevó sus ojos inquietos hacia la negra y tuvo un brusco gesto. Sabes que no me gustan esas cosas. No creo en esas supersticiones y ritos, Elsa.

—Pero, señorita, la macumba es solamente la manifestación de los espíritus de la naturaleza. No hay en ella nada malo ni perverso. Es más, casi siempre son ritos curativos o de ayuda a los demás, y…

—Ya basta, Elsa —se incorporó, algo airada—. No sigas. Puedes ir a la playa, con los tuyos, a ver los ritos de vuestra maldita macumba. O irte a Bahía, como haces en fin de año, para estar presente en sus ceremonias tradicionales. No seré yo quien te lo prohíba. Pero no creo en esas mascaradas rituales. Son meras supersticiones conservadas desde África por tiempo inmemorial. Este país es algo más que un ritual de ocultismo. No hablemos más de ello. Ahora, puedes irte un rato. Déjame sola. Creo que necesito un poco de soledad, Elsa…

—Sí, señorita —la miró tristemente la negra, sacudiendo su cabeza—. Yo no pretendía molestarla, mi niña. Palabra que no…

—Lo sé. Pero ahora, déjame sola, te lo ruego.

Silenciosamente, la fiel Elsa abandonó el camerino con gesto dolorido.

Lorena Acosta se quedó sola frente al espejo. Lo contempló, casi con ira. De sus labios escapó una voz irritada, con tono airado:

—¡Macumba! ¡Brujerías! ¡Ya basta…!

Y sus ojos, al fijarse en una fotografía suya, prendida del espejo, donde aparecía en una escena musical, con un deslumbrante vestido escarlata, aferró la fotografía y rasgó violentamente la cartulina brillante, arrojando sus pedazos al aire.

Justamente entonces la voz sonó detrás de ella, en un murmullo:

—¿Por qué? ¿Acaso temes el color rojo de la sangre derramada? ¿Es eso, mujer?

Lorena hubiese lanzado un agudo, terrible grito de terror… de haber sido capaz de dominar sus cuerdas vocales y su propia voluntad. Pero nada de eso le era posible.

Con ojos dilatados por el terror, vislumbró, reflejada en el espejo, la enjuta, maligna figura, emergiendo de entre sus ropas colgadas, como un espectro negro y ominoso. El hombre de piel

rugosa y oscura, como cuero curtido o como un lustre de pez, se movió hacia ella, muy lento, con mirada fija, hipnótica, que parecía tener la rara virtud de inmovilizarla, de silenciar su voz, de impedirle huir de allí, dominada por sus terrores.

—¿Quién… quién es usted? —jadeó—. ¿Cómo llegó hasta aquí?

—Todos los caminos son fáciles para los duendes de la selva… —sentenció ahogadamente el desconocido—. Tú deberías saberlo, hechicera de la Macuna-Ima…

—¿Qué… qué dice? —susurró Lorena, estremecida de horror—. ¡Yo no soy hechicera! ¡Yo no sé nada de la Macuna-Ima! ¡Fuera de aquí, márchese pronto…!

—Aunque niegues, sabes que lo eres. Aunque digas que no, sabes que formas parte de nosotros, y has sido elegida por los duendes para ser su sazi suprema, mujer… Tu rostro es la imagen del espíritu mismo de la macumba cuando se mueve por la selva… Tú puedes ser la vida y la muerte para los demás… Tu cuerpo vibra con los atabaques y tamburiles, con la cuica y el candomblé… ¡Tú eres la macumba, mujer sagrada!

—¡Nooooo! —gimió ella echándose atrás, alzando sus brazos, como queriendo rechazar tanto horror—. Vete… Vete, quienquiera que seas… Y busca en otra parte. No soy yo, ¡no soy yo quien buscas, sino alguna otra mujer semejante a mí! ¡Ya una vez grité esto mismo a hombres como tú, llegados de la selva! ¡Ya un día, un babalao[1] de la jungla del sur, pretendió adorarme, diciendo que mi rostro era el de la sazi![2]. ¡Vete, vete, por el amor de Dios!

—Dije que volvería contigo esta vez —prometió él, avanzando decidido, hacia ella—. Y lo haré, mujer… ¡Serás la sacerdotisa de los ritos del Carnaval…!

Sus manos huesudas, rugosas, se movían extrañamente, como las alas de un ave maligna y negruzca, delante de los ojos de la joven. Ella quiso gritar, angustiada, huyendo del raro influjo hipnótico de aquel ser, que iba adormeciendo su voluntad y sus impulsos, pero sólo brotó de su garganta un gemido ronco, casi un estertor de angustia…

Luego supo que estaba perdida. Su morena arrogancia comenzó a ceder, a ser vencida por la influencia extranatural del desconocido adorador de la macumba.

Justamente entonces se abrió la puerta con cierta violencia.

Un hombre entró en el camerino con la furia de un huracán desatado. Cayó sobre el extraño, que gritó agudamente, lanzando atroces maldiciones en lengua ininteligible…

Asombrada y con un ramalazo de esperanza en sus ojos horrorizados, Lorena Acosta contempló al inesperado salvador que luchaba ahora con el visitante misterioso, forcejeando para apartar su mirada hipnótica de ella y de sí mismo.

Finalmente, el hombre flaco, huesudo y oscuro, se escurrió de entre los brazos vigorosos de su agresor, saltó entre los dos empleados del local, sorprendidos en el umbral del camerino por la intromisión violenta del segundo desconocido, y logró escabullirse con la agilidad de una culebra, por el corredor repleto de gente.

Jadeando todavía, el joven se volvió hacia Lorena, interesándose por ella:

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó roncamente.

—Sí, creo que sí —asintió ella con cierta torpeza—. Gracias a usted, desde luego. Ese hombre… parecía dominarme, impedir que pudiera defenderme…

—Su mirada —asintió el joven salvador— era poderosa, magnética. He visto a otros como él. Lo importante es que haya escapado… y que no vuelva a molestarla.

—¿Cómo pudo usted saber…? —comenzó ella, con repentina sorpresa.

—Casualmente, le vi entrar aquí por un conducto poco usual —señaló al fondo del camerino, ya cerca del techo—. Tuve que rodear un amplio sector para llegar a la puerta, antes de que fuese demasiado tarde, señorita Acosta…

Ella miró, fascinada, la pequeña ventana de ventilación del recinto, que aparecía tras unos cortinajes, no lejos del techo. Una abertura angosta, que daba a una terraza exterior, sobre los patios interiores del edificio. Sólo un reptil o un hombre tan delgado hubiera podido entrar por allí.

—Comprendo… —susurró, estremeciéndose. Cerró sus ojos, angustiada todavía por lo sucedido—. Ese hombre parece como si me conociera de algo, como si estuviera completamente seguro de que yo… de que yo era algo extraño, una hechicera de sus ritos, o cosa parecida…

—¿Y… no lo es? —preguntó gravemente el joven, clavando en

ella sus ojos penetrantes.

—Cielos, claro que no —rechazó ella con vivacidad—. ¿Cómo voy a serlo? Solamente soy una artista, una mujer que se dedica a salir ante el público, actuando en cosas que nada tienen que ver con la macumba, ni toda esa serie de cosas…

—La macumba… —El joven la estudió, mirando luego el camerino, los fragmentos de fotografía rotos sobre el suelo. Se inclinó a recogerlos y los examinó, ante el gesto de sorpresa de ella —. Las hechiceras de la macumba acostumbran a usar el color rojo en sus indumentarias rituales, ¿lo sabía?

—Algo he oído —sacudió la cabeza vivamente—. De todos modos, nunca me gustó el rojo.

—Aquí lo lleva. Es usted la mujer de la fotografía, ¿no es cierto?

—Sí, pero… nunca uso ese color. Ésa fue una excepción. Alguien me regaló un vestido rojo. Nunca supe quién. Llegó en un estuche, como un regalo más. Solamente lo utilicé un día. Me hicieron esa fotografía entonces. Nunca más me lo puse. Lo regalé a otra chica. Soy supersticiosa en ciertas cosas. Y creo que el color rojo me da mala suerte…

—Es posible —el joven guardó los fragmentos de fotografía con aire indiferente, ante la extrañeza de su bella interlocutora—. De todos modos, deberá tener cuidado en lo sucesivo. Ese hombre… puede volver otro día.

—Sería horrible —se estremeció Lorena, con gesto de repentina aprensión—. Parecía… parecía momificado. Como un cadáver viviente…

—Dicen que la macumba, como el vudú, del que es una variante, a fin de cuentas, puede resucitar cadáveres… Crear zombis, usted habrá oído hablar de ello, señorita Acosta.

—Por favor, no me hable de eso —tembló ella—. Es demasiado horrible para pensarlo siquiera…

—Yo no acabo de creerlo —sonrió el joven, escéptico—. Pero pienso que eso no basta para negarlo rotundamente… Hay tantas cosas inexplicables en esta vida…

—¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Qué hace usted aquí, señor Hodiak?

El joven giró la cabeza, con cierto sobresalto. Dos agentes uniformados de la policía brasileña llegaban ya hasta el camerino. A

su frente un hombre de piel morena, rostro enérgico y mirada oscura y penetrante, empuñaba un revólver de chato cañón, reglamentario. Parecía muy capaz de dispararlo si existía motivo para ello.

—Hice lo que ustedes no hubieran llegado a tiempo de conseguir, señor —fue la fría réplica del joven americano—. Saqué de un feo apuro a la señorita Acosta.

—¿Es eso cierto? —preguntó el comisario Do Santo a la artista.

—Sí, es cierto —afirmó ella—. Este joven salvó mi vida. Cuando menos, puso en fuga a un intruso que se comportaba conmigo de un modo amenazador y peli groso…

—¿Era un individuo enjuto, muy moreno, de piel rugosa…? —indagó Do Santos.

—Exacto. Era él —abrió mucho sus hermosos ojos Lorena—. ¿Han logrado detenerlo?

—No. Escapó. Llegué a tiempo de verle salir del local, pero se nos escabulló, ya en la calle. Bien, señor Hodiak, parece que su aparición ha sido providencia, para la señorita Acosta. Pero yo no creo en los héroes Ya no existen. Y menos, cuando están en este país a causa de problemas en el suyo propio, ¿me comprende?

Le miraba con fijeza, casi agresivo, al hablar así. Burt Hodiak afirmó con gesto áspero, una leve sombra de sonrisa burlona flotando en sus labios.

—Sí, entiendo. Usted debe ser comisario de policía, ¿verdad? —preguntó.

—Comisario Do Santos, de la Brigada Criminal de Río de Janeiro —se presentó secamente el policía—. Y como verá, me resulta usted perfectamente conocido, señor Burt Hodiak.

—Es un placer conocerle —dijo el joven, con cierta ironía—. De todos modos, le aseguro que soy inocente por completo de aquello de que me acusan en mi país. Yo no maté a aquel hombre.

—Supongo que nadie admite una cosa así, aun siendo culpable —replicó Do Santos, frío.

—Supone bien. Pero en mi caso es la pura verdad.

—¿Por qué escapó, entonces, acogiéndose a las leyes brasileñas para eludir a la justicia de Estados Unidos?

—Porque lo difícil es probarles a ellos que no miento —suspiró Hodiak—. Iban a encarcelarme bajo la acusación formal de

homicidio en primer grado. Nadie puede investigar un asunto desde el interior de la prisión. Hace falta libertad de acción para ello. Y tiempo. El suficiente para poder probar que uno no cometió el delito que se le imputa, comisario.

—Ya. Y usted espera demostrar eso a sus autoridades… desde Río de Janeiro, ¿no es cierto? —El sarcasmo de Do Santos ahora resultaba muy concreto.

—Exacto, comisario —afirmó Hodiak fríamente, clamando en él su mirada—. Eso es lo que pienso hacer. Es en lo que estoy trabajando actualmente. Por eso estaba esta noche aquí, en el Samba Palace. Lo que ocurre es que el resto de los sucesos de hoy… no entraban en mis cálculos.

—No le entiendo bien, señor Hodiak. ¿Quiere usted decir que aquí, en Brasil, puede encontrar las pruebas que demuestren su inocencia en Florida?

—Sí, comisario. Eso es.

—¿Cómo…? No pretenderá que me trague ese embuste…

—No es ningún embuste. Quería hacer unas preguntas a la señorita Acosta —suspiró Hodiak, girando sus ojos hacia la joven artista brasileña—. Después de todo… fue ella la mujer que vio por última vez al hombre de cuya muerte me acusan. ¿No es cierto, señorita Acosta, que usted acaba de regresar de actuar en Miami Beach, y que estuvo en la finca del señor Howard Osborne, justamente la misma noche en que fue asesinado?

Asombrado, el comisario Do Santos giró la cabeza. Contempló con profundo estupor a la joven Lorena Acosta. La vio palidecer intensamente bajo su suave maquillaje ocre.

—Dios mío… —susurró ella, estremeciéndose.

Luego, se desplomó inesperadamente, perdido el conocimiento.

CAPÍTULO III

—Lorena Acosta… Por dos veces, esa mujer en el domicilio de un hombre asesinado… Primero en la finca de Howard Osborne, en Miami Beach… y luego en un apartamento de Copacabana, en Río de Janeiro, donde fue asesinado por misteriosos procedimientos rituales, un rico magnate llamado Nelson De Souza… ¿Está seguro de lo que afirma usted, Hodiak?

—Sólo puedo estar seguro de lo que a mí respecta —suspiró el joven con frialdad—. No sé si estuvo o no en el apartamento de ese tal De Souza. Lo que sé es que estuvo en Florida hace pocas fechas, actuando en el Flamingo Club de Miami Beach, justamente en los días en que tuvo lugar la muerte de Osborne. Eso le será fácil confirmarlo. Basta comprobar las fechas de uno y otro hecho, comunicando directamente con Florida, comisario.

—Sé sobradamente lo que tengo que hacer, Hodiak, no va a enseñarme usted mi profesión —se mostró seco y casi hosco el policía de Río de Janeiro—. Pero lo cierto es que eso no me probará, de un modo fehaciente, que ella sea la asesina de Osborne.

—Por supuesto, señor. Ni a mí tampoco. Y menos aún a la policía americana. Lo que puede demostrarle es que ella estuvo allí en esos días, lo mismo que yo. Por eso la he seguido. Por eso estoy aquí, al margen de lo que mi estancia en Brasil tenga de evasión. Necesito probar que ella mató a Osborne. Es mi única posibilidad de salvación, de demostración de inocencia, comisario.

—¿Cómo supo usted que Lorena Acosta visitó a Howard Osborne?

—Es una curiosa historia, señor. Piense que, por alguna razón, la policía de Florida me señaló a mí como presunto culpable, ¿no le parece?

—Sí, es seguro. ¿Qué razón era ésa?

—Que yo estuve, realmente, en la finca de Howard Osborne. Que yo pude haberle matado, sin lugar a dudas. Sólo que… no lo hice.

—Prosiga —pidió el comisario Do Santos, estudiando a su interlocutor con frialdad, en el despacho del Departamento de Homicidios de Río de Janeiro donde estaban ambos reunidos, en una especie de informal interrogatorio, ya que legalmente se sentía atado de pies y manos para someter al americano a una encuesta rigurosa, si bien tampoco Hodiak había puesto objeción alguna a ser interrogado en las dependencias oficiales de la policía carioca—. Es decir, si creé que con ello no se perjudica en sus intereses. Puede, si quiere, llamar a un abogado que le asesore legalmente… o puede negarse a responder a mis preguntas, por supuesto. En Brasil, es usted un ciudadano respetable, contra el que nada tengo de modo oficial.

—No importa —se encogió de hombros el joven Hodiak—. De todos modos, hablamos de algo sucedido fuera de este país. Y lo que yo pueda contarle no va a incriminarme en nada, porque ningún delito cometí. Lo cierto es que conocía a Osborne. Sabía que era rico, caprichoso, dueño de una enorme fortuna, de bienes cuantiosos, de joyas valiosísimas, de objetos de arte de gran valor material e histórico… e incluso de yates, avionetas y todo eso. Pude matarle por robarle, como sospecha la policía de mi país, ya que faltan valiosas piezas de su museo particular, piezas que debieron desaparecer tras su muerte. Pero no fue ése el caso, se lo aseguro. Yo estuve con Osborne de charla esa noche. Tomamos unos *whiskys*, nos despedimos no muy amigablemente, eso es cierto, y prometí no volver a verlo mientras viviese. Creo que su chófer y su servicio oyeron esas palabras mías al ausentarme, y pesaron decisivamente en su declaración ante la policía de Florida.

—Y después de irse usted… ¿cómo sabe que estuvo una mujer a verle? Especialmente, ¿cómo sospecha que ella fuese Lorena Acosta? Si alguien vio eso, usted estaría a salvo de sospechas y acusaciones…

—Eso es. Lo malo es que nadie lo vio. Nadie… excepto yo.

—Oh, usted… —El escepticismo, frío y preciso, asomó a la astuta mirada de Augusto Do Santos, comisario de policía de Río de

Janeiro—. Entiendo. ¿Cuándo sucedió eso, Hodiak?

—Puede creerme o no. Estoy habituado a que no lo hagan —bostezó Burt, indiferente—. Pero al regresar a Miami, por la carretera de palmeras que conducía a la lujosa residencia de Osborne frente a la playa, me crucé con un coche que se encaminaba hacia la mansión. Tenía que ser así, porque el sendero sólo conducía a la casa de Osborne, muriendo allí. La luz de mis faros me reveló el rostro de la mujer sentada al volante. Una mujer hermosísima, morena, bronceada, de rara belleza, de ojos fijos y vidriosos… como en éxtasis, mirando ante ella fijamente, hacia la noche. Ni siquiera parpadeó al cruzarse con mis faros. Pero conducía con una destreza admirable.

—¿Era Lorena Acosta?

—Entonces no podía saberlo. Luego vi sus fotografías y afiches en el Flamingo Club. No había duda. Era ella misma. Pero vestía de rojo, comisario…

Do Santos pegó un respingo. Miró vivamente a su interlocutor.

—¿De rojo? —preguntó sobresaltado—. ¿Está seguro de eso, Hodiak?

—Sí, comisario —sonrió Burt, sin quitar sus ojos del policía—. ¿Qué le sorprende? ¿El hecho de que Lorena Acosta deteste el color rojo en sus vestidos?

—No —rechazó Do Santos con frialdad—. El hecho de que también la mujer que visitó a Nelson de Souza la noche de su muerte, haya sido identificada como Lorena Acosta…, pero vistiendo igualmente un traje rojo.

* * *

—Es raro, pero… quiero creerla. Lo extraño es que yo vi su rostro cerca de aquella casa. Yo la vi a usted, podría jurarlo…

—El comisario Do Santos ha hablado conmigo esta mañana… —suspiró ella cansadamente, tras otro silencio—. Me ha contado cosas… Al parecer, también hay otro testigo en Río… que me ha visto entrar en casa de otro hombre, víctima de una rara muerte ritual… No puedo entenderlo. Yo… visitando a hombres que luego han muerto de modo violento. Yo, con vestido rojo… Yo, sin saber siquiera que haya hecho nada semejante… ¿Eso tiene sentido, Hodiak?

—Hay muchas cosas en esto que no tienen sentido, señorita Acosta —terció Amanda Soares con voz serena—. El comisario trata de investigarlo sin molestarle a usted inútilmente. Ha de haber una explicación para todo, estoy segura…

—Elsa, mi doncella…, puede jurar que estuve con ella todo el tiempo, la noche en que mataron a ese hombre, De Souza… Y en Florida… jamás estuve en casa de ningún Osborne, ni conozco a persona alguna de ese nombre. Si sé el día y hora exactos, quizá pueda probar que yo estuve en otro lugar…

—Quizá —admitió Hodiak, pensativo. Luego oprimió una mano de la artista, fría y exánime sobre el embozo—. Ahora, trate de reposar un poco más. Luego vendremos a por usted, para llevarla a su alojamiento sin que nadie la moleste. Esta noche será decisión suya si desea actuar o suspender la representación. Recuerde: nada de excitaciones. Ni se preocupe por lo que le hemos contado el comisario y yo. Ha de haber una explicación, estoy seguro. No sé cuál, pero ha de haberla en alguna parte…

—¿Dónde, señor Hodiak?

Era Amanda quien hacía la pregunta, mientras el silencioso ascensor del centro sanitario les conducía a la planta baja. Burt miró a la joven reportera y se encogió de hombros, con perplejidad.

—No lo sé —confesó—. Algo había que decirle, ¿no?

—Pero usted no cree que ella diga la verdad. Si estuvo en ambos sitios… es que ha de ser culpable…

—Lo que no tiene sentido es precisamente eso: a nadie se le ocurre ir a cara descubierta, a matar nadie, y menos con algo tan llamativo como un vestid rojo… Forzosamente han de existir testigos que la vieran. Es como si obrase así estúpidamente, para ser acusada. Y esa mujer no me parece ninguna estúpida.

—Pienso lo mismo que usted —asintió la joven, pensativa—. Su historia no tendría gran valor para el comisario, si no fuese porque coincide con los hechos de la muerte de De Souza. Y si el crimen de Osborne corresponde a la policía norteamericana, este otro es de la jurisdicción de Do Santos. Me temo que el buen comisario está tan perplejo y desorientado como nosotros dos. Y, por si ello fuera poco, está ese otro personaje increíble… el que atacó a Lorena en su camerino. El habló de cosas relativas a la brujería y todo eso ¿no es cierto?

—Parece ser que sí: macumba, hechicerías y supersticiones afro-brasileñas… Parecía buscar a Lorena, confundirla con alguien que él consideraba su sacerdotisa o bruja…

—Confundirla con alguien… —repitió la periodista con gesto abstraído—. ¿Se da cuenta, Hodiak?

—Sí —él la miró, asintiendo despacio—. Me he dado cuenta ya. He pensado en ello. Pero lo que se me ha ocurrido, no tiene mucho sentido tampoco…

—Cuando menos, dígame qué ha pensado —rogó la joven con ojos centelleantes de excitación—. Yo le diré si es la misma idea que se me ha ocurrido a mí…

—Es una posibilidad bastante fantástica, pero se me ocurrió que… que podía haber DOS Lorenas… Es decir, ella… y una mujer idéntica físicamente a ella, en algún parte…

—Sí —suspiró Amanda Soares, mirándole con vivacidad—. Es, justamente, lo mismo que yo he pensado. Pero ¿dónde está la otra… y quién es?

* * *

—La otra… No, no puedo creerlo. Esas cosas sólo ocurren en el cine, amigo mío. Incluso dos hermanos gemelos poseen algo que les diferencia, ante un buen observador.

—Quizá sea así. Puede que yo no sea un buen observador. Ni tampoco el conserje de la finca de Copacabana donde mataron a De Souza —se encogió de hombros Burt Hodiak—. Pero todo eso no me preocupa lo más mínimo. No he afirmado que exista una hermana gemela de Lorena Acosta. Ni siquiera que haya alguien idéntico a ella. Pero pudiera ser una posibilidad, si ella no es la embustera más hábil e inteligente que he conocido.

El comisario Do Santos no dijo nada de momento. Se limitó a tomar de manos de un subordinado suyo un papel doblado, que examinó en silencio. Luego exhaló un suspiro, dejando el documento encima de su mesa de trabajo.

—El zapato femenino que dejó sus huellas en el apartamento de De Souza, era un 38. Lo calzaba una mujer, dado su modo de andar o, cuando menos, alguien capaz de caminar como una mujer, cosa que, según los técnicos, no es tan fácil como pueda parecer, si quien lo intenta es un hombre.

—¿Y si es… un afeminado? —sugirió Hodiak, irónico.

—Aun así, no resultaría sencillo confundir a uno con otra —meneó Do Santos la cabeza en sentido negativo—. Pero hay más en ese texto. Incluye un informe forense sobre la muerte de Nelson de Souza.

—¿Algún dato de interés?

—Eso me pregunto yo. La muerte fue producida por derrame cerebral. Producido por un objeto punzante, a través de la tapa craneana, desde su nuca. Para ello, la víctima tuvo que estar inmóvil, inconsciente o dormida. El orificio ha sido hallado en el cuero cabelludo. Su trayectoria es mortal, alcanzando vasos sanguíneos cuya hemorragia resultaba irremisible para De Souza…

—De modo que no hubo brujería, sino un simple acto criminal, más o menos rebuscado.

—Puede ser. Los métodos del vudú son extraños. Y la macumba brasileña se le parece mucho. Se aguijonean muñecos para condenar a alguien a morir. Esta vez, el aguijón se clavó en un ser humano. Puede ser un modo de brujería.

—Puede serlo, sí… —Hodiak se frotó el mentón, pensativo—. ¿Sabe cómo mataron a Howard Osborne en Miami Beach?

—Sí —afirmó fríamente Do Santos, clavando sus ojos en el joven americano—. Me he preocupado muy mucho de averiguarlo, en cuanto me vi metido en este embrollo, amigo.

—Entonces, usted sabe…

—Sí. Yo sé… yo sé que Howard Osborne fue asesinado con algo punzante…, pero esa vez fue a través de uno de sus ojos, justo hasta el cerebro… y el arma apareció clavada en su globo ocular. Era un delgadísimo estilete de su propia colección de antigüedades, ¿cierto, señor Hodiak?

—Cierto —suspiró Burt—. Y, por incómoda circunstancia… todos sabían que era un objeto que él me había regalado a mí recientemente… Una auténtica daga veneciana, comisario…

* * *

—Una daga veneciana…

—Eso es. Un modelo muy especial. Afiladísima, punzante. Y de sólo una pulgada de anchura su hoja de acero… En cambio, la empuñadura era pesada, de plata maciza, con pedrería… y con el

distintivo del dux de Venecia en tiempos del Renacimiento…

—¿Por qué un regalo, señor Hodiak? Creí que sus relaciones con él no fueron buenas…

—Eso fue a última hora. —Burt miró apaciblemente a la joven periodista, mientras ella conducía el automóvil a través del ruidoso tráfico de la avenida Río Branco, ya en vísperas de su Carnaval, para doblar luego por la avenida del Mariscal Floriano, en dirección a la plaza de la República, cerca de la cual se alzaba el moderno edificio de la Radiotelevisión Brasileña Independiente.

—¿A última hora? —indagó Soares, curiosamente—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Justamente lo que dije. —Burt encendió un cigarrillo después de que ella aceptó uno, dejando que él lo prendiera con su encendedor plano, de color negro y plata—. Fue aquella noche, precisamente. Osborne nunca me pareció un hombre de fiar. Yo soy de los que sostienen que nunca se llega a ganar millones y a tener todo lo que él tenía, siendo totalmente honrado. Él no lo era. Me había contratado para algo, me pagó por ello, pero esperaba cuando menos honestidad por su parte. No la tuvo. Mi labor le sirvió, no para resolver unos problemas íntimos sentimentales, como me dijera… sino para hacer chantaje a ciertas personas importantes de Florida. Parece ser que ésos fueron siempre sus métodos para hacerse rico y poderoso: la coacción, el chantaje, el soborno, y todo eso que hace medrar a la gentuza importante del mundo. Cuando lo descubrí le tiré su dinero a la cara y dije que iba a denunciarle ante la policía, por mucho que él invocara el secreto profesional y todo eso. Por una vez, iba a traicionar a mi cliente, pero avisándoselo previamente a él mismo, ya que no quería ser un cómplice de un delito de chantaje.

—Eso me da a entender que usted era… detective privado. ¿Me equivoco?

—No se equivoca: Investigaciones Hodiak and Company. Era mi negocio en Miami.

—¿Era?

—Ahora soy un fugitivo de la ley. El negocio se cerró forzosamente.

—Y… ¿la compañía? —sonrió Amanda.

—Son cosas que se ponen. Nunca tuve un socio. Yo era todo:

Hodiak… y la compañía. Investigué para Osborne por encargo suyo. Tenía una esposa. Y ella un amante. Es lo que me dijo. Luego resultó que no era así. El amante era la persona a chantajear: un político importante en Estados Unidos. Una personalidad de Washington. Lo peor es que descubrí otras cosas de ese hombre y se las entregué a Osborne, porque su mujer andaba por medio. Demasiado tarde supe que ella formaba parte del juego y del complot. Pero él ya tenía las pruebas contra el político. Y las iba a saber utilizar a fondo y sin piedad. Por eso le devolví su dinero, su obsequio, la daga veneciana… y hasta mi palabra como investigador a sueldo. Me exigió silencio y prudencia o me haría la vida imposible. Todo eso me tenía sin cuidado. Yo creo que en la vida existe algo más que el dinero, el bienestar y la comodidad. Ese algo puede ser la conciencia, la dignidad del hombre o como le quiera llamar. Algo que no se paga con dinero. Le mandé al diablo. Y dije que estaba dispuesto incluso a ir a la cárcel si su influencia era tanta. Pero no sería sin antes destrozar sus negocios de chantaje y coacción para siempre. Entonces le dije aquello de que no le vería más mientras viviese… y me fui de su casa indignado.

—Un detective privado… convertido en fugitivo de la ley. ¿Por qué no trató de actuar de modo diferente? Para sus compatriotas, su fuga a Brasil no le beneficia en nada.

—Eso contará poco… si regreso con las pruebas de mi inocencia. Y con un culpable.

—¿Lorena Acosta?

—No sé…

—¿O… su doble?

—Pudiera ser una de ellas —se encogió de hombros Burt Hodiak —. Estoy aquí para saberlo. Si es Lorena, procuraré llevarla conmigo, se oponga quien se oponga. O, cuando menos entregaré a la policía de mi país las pruebas de su responsabilidad en el crimen de Miami Beach. Si es otra mujer igual a ella la buscaré.

—¿Dónde? —quiso saber vivamente intrigada la joven periodista.

—Tal vez donde pueda hallarse, si es cierto que un hombre como aquél confundió a Lorena con otra mujer idéntica a ella… En la macumba. En el mundo alucinante de la hechicería y de la superstición que los africanos trajeron un día al Brasil…

Amanda condujo en silencio por entre los altos edificios del centro comercial de Río. El altivo edificio de la RTV Independiente asomó frente a ellos. La joven comentó reduciendo la marcha del automóvil:

—¿Está dispuesto a hablar de todo eso ante las cámaras de la televisión en mi programa «Los Sucesos del Día»? —preguntó ella con gesto preocupado.

—Ya le dije antes que sí. —Burt la miró sorprendido—. Por eso estamos camino del estudio de televisión, ¿no? ¿A qué viene, entonces, esa pregunta?

—No sé, pero hablar de… de la macumba y de la hechicería en público… puede no ser aconsejable…

—¿Para usted y su programa?

—No me refería a eso —ella frenó, al meterse en un *parking* exclusivamente reservado al personal de TV. Se quedó mirando a su compañero de asiento—. Hablaba de usted, Hodiak. Es un extranjero. Puede que a ciertas personas no les guste que acuse a la macumba brasileña de estar mezclada en la muerte misteriosa de unos hombres… Puede que no sea prudente mencionar la posibilidad de que una mujer exactamente igual a una famosa artista, aunque no se cite su nombre, pueda ser sacerdotisa de un clan de brujería… y responsable de dos asesinatos. ¿Ha pensado en todo ello?

—Sí. He pensado en todo ello.

—Y aun así… ¿va a exponerlo en el programa de televisión?

—Sí. Voy a hacerlo, si usted me da esa oportunidad.

—Se la daré. Pero luego no me reproche nada, Hodiak… Dígame, ¿qué espera conseguir realmente con ello?

—Una sola cosa: que la auténtica asesina, sea Lorena Acosta o sea otra mujer a su imagen y semejanza, termine por delatarse de una vez por todas…

CAPÍTULO IV

Los rostros morenos, sombríos, inescrutables, se mantenían atentos, fijas sus miradas vidriosas y duras en la pantalla luminosa, policromada, de la emisión de TV en color presentada por Amanda Soares en el Canal Independiente de la televisión carioca.

—… Y yo termino mi intervención en este programa con unas pocas palabras, muy pocas. Con una pregunta, un interrogante, dirigido a alguien que, quizá, éste escuchando ahora esta emisión, que asista cómodamente sentado, al programa al que tan gentilmente he sido invitado: hay una persona que sabe que me estoy refiriendo a ella. Exactamente a ella, sí —el rostro de Burt Hodiak, el joven americano, se agrandó en la pantalla, al aproximarse a él la cámara de televisión, hasta un primer plano en el que miraba, acusador, a una audiencia invisible para él en esos momentos—. Dondequiera que estés, sabes que has cometido dos asesinatos. Uno aquí y otro en Miami Beach… Tú lo sabes, ¿verdad? Ignoro si fueron rituales de muerte, si tu secta te dirigió en esas muertes violentas… Lo que sé es que hay fuerzas oscuras y tenebrosas detrás de ti, moviendo los hilos de tu voluntad. Ancestrales ritos, supersticiones absurdas y oscuras, que dirigen a las mentes ajenas hacia el mal… Yo termino preguntando a todos vosotros si la macumba puede ser vehículo y razón para el crimen y la violencia en este país o en otro cualquiera… Responded. Respondedme vosotros. Y no me asusta cuál sea esa respuesta. No temo a nada. Ni siquiera a morir. Ni a que mi alma se condene más allá de la muerte. Por eso desafío ahora a los poderes del Mal, a las fuerzas de las Tinieblas, con total desprecio a su acción sobre mí. No os temo. Y a quien no os teme, difícilmente podéis causarle daño. Morir importa poco, cuando la muerte no nos asusta.

Vosotros lo sabéis, Pero necesito ver a esa persona. Necesito saber que existe. Verla ante mí, cara a cara. Y hacerle una pregunta. Una sola, que formulo aquí ahora, ante esas cámaras de televisión: mujer, quienquiera que seas…, ¿mataste tú a dos hombres, en nombre de los ritos de tu secta? ¿Lo hiciste?

Quedó fija, como congelada, la faz de Burt Hodiak, encuadrada por la imagen en color de la televisión. Luego, apareció la de Amanda Soares, la bella y popular presentadora. Con una sonrisa que a muchos se les antojó forzada, concluyó:

—Esto es todo, señores. Un hombre perseguido injustamente por la ley de su país por un delito que no cometió, ha dirigido una pregunta a alguno de ustedes. El espera la respuesta. Sin miedo, como ha dicho. Nosotros sólo esperaremos a saber esa respuesta, si existe, alguna vez en el futuro…

El televisor se apagó en la habitación en sombras. Un murmullo apagado de voces se elevó de la concurrencia de oscura piel brillante y sudorosa. Alguien se irguió, despacio. Unas manos flacas y autoritarias se alzaron en la penumbra.

—Ya oísteis a ese extranjero —dijo una voz cadenciosa, en brasileño—. Él ha desafiado a la macumba. Pasado mañana es viernes de Carnaval… Dadle la respuesta que busca.

—Sí, babalao —dijo una voz profunda, al otro extremo de la sala —. La macumba dará pronto su respuesta al extranjero…

* * *

Las fotografías se apilaban en la mesa del comisario Do Santos. Éste las estudiaba una y otra vez, tomando apuntes en un papel, a su lado. Luego, compaginaba con una lista y unas fotocopias recibidas directamente desde Florida, por parte del FBI norteamericano.

Se enjugó el sudor, miró ceñudo al aparato de aire acondicionado de su ventana, que le parecía defectuoso, dado el calor que sentía, y siguió su tarea, tras tomar un sorbo de refresco de la botella situada entre sus papeles.

Finalmente, hizo un examen comparativo de la lista de objetos anotada a un lado y otro de la página de papel, en dos columnas. Su lápiz rojo comenzó a tachar con rapidez determinados objetos.

Quedaron sólo dos. Uno en cada columna, sin tachar en rojo. Los

estudió, sorprendido. Se pegó una palmada en la frente. Luego, rebuscó en las fotografías y seleccionó dos de ellas. Las compaginó.

Parecían idénticas.

Pero no lo eran. Existía entre ellas una diferencia peculiar. En ambas, el objeto era el mismo: una figura serpenteante, en torno a una larga aguja de metal, quizás de plata o de oro eso no se apreciaba bien en la fotografía. Esa figura era, desde luego, la de un reptil. Una víbora enroscada en torno a la aguja central, como un alfiler. Leyó el pie de una de aquellas fotografías aparentemente iguales entre sí:

> «Objeto ausente de la colección de joyas raras de Howard Osborne (Miami, Florida, USA). Alfiler en metal precioso, con serpiente ascendente, en oro de 24 quilates, con ojo formado por un rubí de gran valor. Ejemplar único como alfiler, pero del que se dice existe un duplicado, ya que originalmente fue parte de unos pendientes rituales de una secta afro-americana de magia negra o vudú. Hecho este último sin confirmar».

Do Santos dejó la fotografía. Tomó otra. Era una copia idéntica de la anterior. Pero la serpiente aparecía allí con su cabeza y su ojo de rubí hacia abajo. Leyó el pie, en brasileño:

> «Objeto donado por Nelson de Souza al museo nacional brasileño de Botanical Gardens para su exhibición anual. Alfiler en metal precioso, con serpiente descendente, en oro de 24 quilates. Su ojo está constituido por un rubí de 110 quilates, de valor incalculable. Se supone forma parte del milenario juego de Los Pendientes de Sazi, o duende femenino de la selva, símbolo viviente de los ritos de la macumba brasileña. Pero es solamente una teoría muy antigua, sin confirmar».

Resopló el policía, volviendo a enjugarse el sudor que daba copioso brillo a su frente. Ahora no se preocupó del aire acondicionado. Era su excitación la que le hacía sudar.

—Es curioso… —murmuró con voz sorda—. Entre todos los objetos que faltan de una y otra colección, tras la muerte de ambos hombres… sólo esos alfileres coinciden en la doble lista de joyas desaparecidas…

Luego, sus ojos se clavaron, huraños y malhumorados, en la primera página del Jornal do Rió en su última edición. Los titulares eran muy llamativos:

> «¡UN AMERICANO EVADIDO DE LA LEY DE SU PAÍS, DESAFÍA A LA MACUMBA!
>
> »¿TIENE RAZÓN EL EXTRANJERO AL ACUSAR DE ASESINATO A LOS HECHICEROS BRASILEÑOS?

—Tenga razón o no… está loco —refunfuñó con mal humor—. Ese muchacho está loco… o es demasiado listo y se ha buscado un culpable al que no es fácil aprehender. Pero él ignora que está jugando con fuego al desafiar a los fetichistas afroamericanos… y podría ser muy bien la tercera víctima de la macumba si, realmente, ésta fuese responsable de algo…

* * *

Burt Hodiak comprobó la carga de su revólver. Tenía seis balas de calibre 38 en el cilindro. Y éste giraba perfectamente sobre su engrasado eje. Sabía que, como extranjero acogido al asilo brasileño, no podía poseer armas de fuego sin licencia, y ésta nunca se la daría Do Santos. Era un riesgo más que debía correr.

Pero valía más matar que morir, aunque hubiera dicho una gran verdad ante la televisión, aquella tarde: no tenía miedo a la muerte. Formaba parte de los riesgos de su profesión. Y de un modo u otro, se tiene que morir al fin. No era tan malo como muchos creían.

De cualquier forma, si era atacado, respondería. No creía en los poderes de las sombras ni en las brujerías mortíferas. Estaba seguro de que en caso de ser señalado por los ejecutores de Osborne y de De Souza para seguir en su lista, alguien vendría a matarle, en

formar humana, perfectamente corpórea. Bien. Que viniese. Para matarle tendría primero que inutilizar su revólver. Y luego sus sentidos.

Guardó el arma entre los cojines de su sofá, en el apartamento arrendado en Copacabana. Contempló las grandes vidrieras asomadas a la noche única y deslumbrante de Río. No pensó que hiciera falta correr cortinas o cerrar persianas graduables. La muerte no vendría con alas, a semejante altura. Pero podía estar en cualquier lugar. Incluso en forma de mujer.

En forma de una hermosa mujer vestida de rojo…

¿Lorena Acosta, la cantante del Samba Palace, la deslumbrante *vedette* de las noches musicales de Río?

¿O, tal vez… otra Lorena, capaz de ser confundida con ella? ¿Una reencarnación metafísica, una obra de la oscura magia de la Macuna-Ima africana, hecha macumba en el gran país americano?

¿O una sola mujer… en dos encarnaciones diferentes?

Cerró los ojos, frotándose las sienes pensativo. Le parecía imposible. Lorena Acosta le había parecido una mujer totalmente ajena a aquella horrible historia de sangre y de muerte. Pero por otro lado, en Brasil nadie había oído hablar nunca de que los fieles de la macumba, pese a sus ritos ocultos y a sus prácticas espiritistas secretas, se hubieran mezclado en vulgares asesinatos.

Sin embargo…

Sin embargo, en alguna parte estaba la razón de todo aquello. Y por dos veces los testimonios señalaban a una misma persona: Lorena Acosta.

La Dama de Rojo…

Y Lorena Acosta odiaba el rojo…

Estudió la fotografía rota en pedazos, minuciosamente reconstruida por él, trozo a trozo, sobre una superficie adhesiva. Era Lorena Acosta con su accidental traje escarlata del que pronto se deshizo. El rojo siempre tuvo un raro simbolismo de sangre y de pasión, de violencia y de apetitos desenfrenados… ¿Por qué lo rechazaba Lorena instintivamente? ¿Por qué la mujer presente en los dos escenarios del crimen, pese a ser idéntica a Lorena, llevaba vestido rojo?

Le hubiera gustado tener una respuesta. Sólo que… no existía. No por el momento.

Sobre su mesa se amontonaban varios volúmenes, estudiados en vano. Hablaban de ritos extraños de la macumba, de trabajos de «obsesión», como el vudú de Haití, en versión brasileña, de la música ritual de la macumba, con el sonido obsesivo de sus atabaques e instrumentos de percusión, con sus velas en torno a los talismanes, con sus bebidas rituales, casi siempre similares al aguardiente, con los juegos de «brízios», consistentes en estrellas de mar, ojos de cristal y granos de café, mientras se practicaba el umbanda, o caridad practicada curativamente a través del espiritismo…

Muchas cosas complejas y oscuras. Pero nada sobre muertes rituales ni sacrificios humanos. Todo eso parecía ya cosa de otros tiempos, perdida en la noche del pasado. Al compás del candomblé, se invocaba a los espíritus de los muertos o de la naturaleza. Pero eso era todo. Al que hacía el mal, se le castigaba. Pero no se hablaba de qué clase de castigos. Ni se mencionaban derramamientos de sangre humana…

Y, sin embargo… había ya dos muertos. Dos personas asesinadas, en relación con una mujer brasileña. Una mujer a la que un practicante de la macumba, acaso un babalao o un zombi auténtico, creyera identificar como su sazi o duende de la selva…

¿Dónde estaba la explicación a todo eso, si es que había alguna?

El teléfono sobresaltó con su timbrazo a Burt Hodiak. Éste contempló ceñudo el aparato situado cerca de él, sobre una mesita. Tras dos nuevas llamadas, estiró el brazo. Descolgó.

—Hodiak —dijo—. ¿Quién llama?

—Comisario Do Santos —respondió la voz inconfundible—. ¿Todo bien?

—¿Qué esperaba? —rió Burt—. ¿La venganza de la macumba?

—No diga tonterías. No bromee con eso, Hodiak. He descubierto algo. Algo importante.

—¿Qué es ello?

—Hubo algo en común en la muerte de Osborne y De Souza.

—¿De veras?

—Sí. Faltan dos piezas de orfebrería antigua. Muy valiosas y raras. Dos alfileres casi idénticos. Antes, parece que fueron pendientes de una sacerdotisa o hechicera.

—Hum… Eso sí parece interesante, comisario. ¿Ellos tenían una

pieza cada uno?

—Exacto. Osborne, el reptil ascendente. De Souza, el descendente.

—¿Cómo?

—Bueno, son dos formas diferentes de representar el reptil. Es un viejo símbolo vudú, Si la serpiente está hacia arriba, es ascendente, y significa el despertar de la mente. Si tiene la cabeza abajo, es descendente, y simboliza la obnubilación mental. Ambas piezas fueron robadas al morir sus dueños. Son las únicas con algo común entre sí, que faltan en la colección de cada uno de ellos. ¿Qué opina sobre eso?

—Puede confirmar mi teoría: la macumba sentenció a esos hombres.

—O un tipo listo pensó que las piezas valían lo suficiente para cometer esos crímenes.

—Claro. Ambas versiones son buenas. ¿Por qué me lo cuenta usted a mí, comisario? Recuerde que soy el sospechoso número uno.

—No lo olvido. De todos modos, no pierdo nada con informarle. Si usted robó esas piezas, yo en su lugar las dejaría lo más lejos posible de mi persona.

—¿Y si otra persona las robó? La mujer de rojo, por ejemplo…

—¿Lorena Acosta? Creo que tendré con ella una charla en breve. Esta noche no trabaja en el Samba. Está recuperándose de su *shock*, según certificado médico.

—No me sorprende. Si es inocente, pasó un mal rato. Si es culpable… debió impresionarle mi acusación, comisario. Esto parece tan alejado de Florida…

—Y lo está, amigo mío. Lo está. Pero no olvide que incluso usted podría caer en un error al pensar así. Si comete algún error aquí, en territorio brasileño… nada ni nadie va a librarle de mí, esté seguro.

—Sí, creo que eso es cierto —sonrió Burt—. No tema, comisario. Procuraré no caer en ese error. Yo…

Se detuvo. Acababa de sonar, musical, el llamador de su puerta. Alzó los ojos, perplejo. Instintivamente, llevó su mano a los cojines, apretando la fría culata del negro revólver pavonado.

—Perdone, comisario —dijo—. Debo colgar. Alguien llama. Tengo visita, no hay duda.

Insistieron en la llamada A través del auricular, debió captarla

Do Santos. Su voz sonó tensa, con tono de alerta:

—¡Cuidado! No abra, según quien sea. Recuerde… recuerde que a los otros dos los asesinaron de noche… Su visitante puede ser… la dama de rojo…

—Quizá —sonrió Burt, fija su mirada en la puerta, mientras por tercera vez pulsaban el timbre—. De todos modos veré quién es, comisario. Le llamaré luego… si aún existo. Buenas noches.

Colgó. Y avanzó rápido hacia la puerta, tras hundir en su bolsillo el revólver repleto de balas. Abrió.

—Buenas noches —saludó.

Ella le miró larga, fijamente. Era ella. La dama. Pero no vestía de rojo.

El hermosísimo rostro moreno de Lorena Acosta estaba ante él. Los ojos oscuros y fulgurantes le miraban con fijeza inquietante. Los carnosos labios no sonreían.

—Buenas noches —saludó ella, ronca la voz.

—Pase —invitó Burt Hodiak, haciéndose a un lado—. La esperaba.

—¿Me… esperaba? —repitió ella, enarcando las cejas antes de avanzar hacia él.

—Sí. —Burt cerró la puerta—. Bien venida. Supongo que no debo llamarle Lorena…

—No, no debe llamarme Lorena —dijo ella, moviendo lentamente la cabeza, en sentido negativo.

—¿Por qué? ¿Es que… no es Lorena Acosta?

—No soy Lorena Acosta —fue la increíble réplica—. ¿Lo sabía?

—Sí —afirmó Burt—. Lo sabía. ¿Cuál es su nombre, realmente?

—Mara —dijo la hermosa visitante—. Mara, hechicera de la macumba… Usted me llamó hoy por televisión. Y yo he venido a su llamada…

CAPÍTULO V

—Mara…

—Sí —afirmó ella lentamente—. Mara. Me creí aludida en su mensaje…

Los ojos de Hodiak se fijaban en ella, sorprendidos. Había intuido algo así. Pero sin embargo, ahora que se enfrentaba a la «otra» Lorena Acosta, Burt Hodiak se sentía totalmente desorientado, como impresionado por una semejanza tan increíble.

—Podría ser Lorena. La otra Lorena Acosta, la asesina.

—No soy Lorena. No soy una asesina tampoco. Vine a hablarle de todo eso. Y de muchas cosas más, extranjero.

—¿Cosas… de la macumba?

—Quizá —los ojos fulgurantes de ella le contemplaron profundamente—. Todo depende de lo que quiera saber, de lo que esté buscando…

—Usted parece saberlo muy bien, Mara. Me culpan de algo que no hice, en mi propio país. No puedo regresar, en tanto no pruebe mi inocencia. La persona culpable está en Brasil. Puede ser Lorena o puede ser usted, no sé. Pero es una mujer. Una mujer… vestida de rojo.

Ella contempló su atavío escarlata, Sonrió extraña, misteriosamente.

—Yo visto de rojo —dijo.

—Y Lorena, no —replicó Hodiak, rápido.

—¿Eso quiere decir algo?

—Aún no lo sé. Hablaba de un simple hecho. Ella odia el rojo. Y quien mató a dos hombres, uno en Florida y otro en Río, vestía de rojo.

—Es una coartada demasiado fácil, ¿no cree?

—Es lo que digo yo. Precisamente por ello, no se le ocurriría usarlo como coartada. No sé; Mara, pero…, juraría que, realmente, Lorena Acosta detesta el rojo y no lo llevaría por nada del mundo.

—Lo cual sólo deja una posible culpable: yo.

—Sí. Vistas así las cosas, sí. Además, tras cada crimen ha habido un robo de joyas valiosas. Especialmente valiosas para… para los adictos a la macumba.

—¿Está seguro? —Enarcó ella las cejas, mirándole glacialmente.

—Por completo —afirmó Hodiak secamente—. ¿Ha oído hablar de dos serpientes, la que repta hacia arriba y la que se desliza hacia abajo? ¿Ambas en oro y con ojos de rubíes…? Supongo que eso le dice algo…

—Supongo que sí —afirmó Mara—. ¿Qué tiene eso que ver con los crímenes?

—Tal vez mucho. Cada una de las víctimas tenía una de esas piezas en su poder. Una, en su propia casa, Otra, en un museo privado, cedido a las autoridades culturales de Brasil, para su exhibición. Pero se supone que, por alguna razón, De Souza retiró del museo, el día mismo de su muerte, algunas de las piezas exhibidas. Una de ellas pudo ser la serpiente. Están investigando eso ahora.

—Usted supone que la macumba ha recuperado las joyas que nunca debieron dejar de pertenecerle, y que dos desaprensivos robaron de uno de nuestros recintos sagrados para el culto…

—Es toda una idea —afirmó Hodiak, mirando fijamente a la mujer que decía llamarse Mara y que, sin embargo, hubiera podido pasar en cualquier sitio por la propia Lorena, la gran figura del musical brasileño.

—En suma: me cree culpable.

—La presunta culpable se ajusta exactamente a usted en todo detalle físico.

—¿Y a Lorena Acosta?

—También. Faltaba el vestido rojo. Pero Lorena Acosta tiene una coartada firme. Estaba en otro lugar cuando se produjeron los asesinatos.

—¿No estaba ella en Florida cuando mataron a ese hombre en su país?

—Sí —la miró Hodiak sorprendido—. ¿Cómo lo supo?

—No lo sabía. Lo imaginé. Eso prueba que ella pudo ser culpable también.

—Sí. Creo que una de las dos mató a De Souza y a Osborne. Ella… o usted. Pero una mujer como Lorena Acosta, artista famosa y admirada, no tendría por qué matar a nadie por un ritual supersticioso, de hechicerías ancestrales. Usted, sí, Mara.

—Sólo porque soy sacerdotisa de la macumba… —sonrió extrañamente Mara.

—¿Lo es, realmente?

—Sí. Encarnación humana del duende sazi de la jungla, espíritu mismo de la macumba. He sido ungida como tal por los fieles. Y confirmada por el babalao o jefe de nuestro clan. ¿Eso le convence más aún de mis culpas?

—¿Por qué ha venido a contarme todo esto, Mara? No hace sino acumular más sospechas sobre su persona. ¿Lo hace intencionadamente?

—No. Trato de saber lo que ustedes piensan. Hablan de la macumba como de un rito sangriento y cruel. En nuestra fe no hay derramamiento de sangre. Ni sacrificios animales o humanos. Sólo ritos especiales, música obsesiva, hechizos curativos, caridad a través del espiritismo… No matamos a nuestros enemigos. Pedimos por ellos, para que vean la luz. Pero aquel que falte a nuestras leyes, sí debe ser expulsado de la macumba. Arrojado de la secta. Y hasta podría ser sacrificado, pero nunca por mano del propio ser humano, nunca como un asesinato, sino dejando su destino a juicio de los propios espíritus, que decidirán si merece morir o no.

—¿Cómo deciden tal cosa los espíritus? —El tono de Hodiak era indiferente, escéptico.

—De muchas maneras que sólo ellos saben y deciden —declaró ella, enigmática. Desvió ahora sus profundos ojos oscuros del rostro de su interlocutor—. No trate de averiguar demasiado. Hay cosas que vale más desconocer y no profundizar en ellas. Puede ser peligroso.

—¿La enviaron aquí sus correligionarios para amenazarme, Mara?

—No es una amenaza. Sólo es un aviso amistoso. No quisiera que le ocurriese nada malo.

—¿Por qué? ¿Puedo importarle yo algo? Somos dos perfectos

desconocidos…, a menos que la haya visto antes, confundiéndola con Lorena Acosta.

—No, no me ha visto. Ésta es la primera ocasión en que ambos estamos cara a cara —expuso la enigmática mujer que parecía la imagen misma de Lorena, reflejada en un inexistente espejo—. Le vi en televisión, con esa locutora amiga suya. Le escuché, como le escucharon mis hermanos de religión. Y acudí para hablarle. Lo sorprendente es que me esperase…

—Bueno, era una simple corazonada. Yo presentía la existencia de alguien… Alguien que podía no ser Lorena, aunque pareciera ser ella misma… Y cuando capté la llamada en mi puerta, estuve totalmente seguro. Supe que era usted quien venía. Que, realmente, había OTRA Lorena Acosta en alguna parte…

—¿Y no me tiene miedo?

—No.

—¿Ni aun sospechando que pudiese ser una terrible asesina, capaz de atravesar el cráneo de un hombre con una aguja que perforase su cerebro?

—Ni aun así.

—¿No teme a la muerte… o es que no me teme a mí? —Los profundos ojos de ella parecían taladrarle, llegar a los más recónditos lugares de su mente.

—No sé. Tal vez sea un poco de todo ello. No deseo morir. Lucho desesperadamente por mi vida y por mi libertad. Pero si ha de suceder lo peor, lo aceptaré sin terror ni angustia. En mi país hay una oración que empieza diciendo: «Y si muriera, Señor, antes de despertar, sólo espero merecer Tu perdón y confiar en que mi alma pueda llegar a Ti…».

—He oído esta oración —suspiró ella—. De niña era católica. Fue más tarde cuando mis padres de raza negra me introdujeron en los ritos vudús, y me fui convirtiendo en sacerdotisa de la macumba. Sé lo que quiere decir, señor Hodiak. Espíritu cristiano y todo eso… Nosotros no hemos dejado de ser cristianos, aunque los religiosos no nos admiten con ellos.

—¿Insiste en que su ritual no permite el asesinato, ni siquiera como medio de recuperar joyas religiosas que les fueron robadas anteriormente?

—No. El asesinato jamás. Tal vez alguien esté intentando

acusarnos de lo ocurrido, pero no somos culpables.

—Esas joyas tienen, aparte su valor ritual, un alto valor material. ¿Seguro que no puede la codicia mover a una mujer hermosa hasta el crimen? —Y los ojos de Burt no se desviaban un solo ápice de ella.

—Tal vez —sostuvo ella fríamente—, pero no yo.

—¿Estaría dispuesta a jurarlo?

—Sí.

—¿Incluso ante sus propios correligionarios, en un juramento ritual?

—Incluso así. Tengo limpio mi espíritu. Y mi conciencia. De otro modo, no podría ser encamación del duende sazi…

—Y, sin embargo, una de las dos mató a De Souza y a Osborne. Usted, de firme fanatismo y pretendida pureza espiritual. O Lorena Acosta, alegre y seductora, célebre y mimada… ¿Por qué? ¿Por qué una de ustedes dos mató a esos hombres?

—Pregúnteselo a la culpable. Ella tendrá una respuesta.

—Una respuesta… —se exasperó Burt Hodiak—. ¿Cuál? ¿Dónde?

—Eso… debe buscarlo usted, no yo.

—Ya busco. Busco… y no encuentro nada. O encuentro demasiado. Había una sospechosa ideal. Ahora hay dos. Cualquiera puede ser la mujer que yo vi en un coche, camino de la finca de Osborne, en Miami Beach. Cualquiera puede ser la mujer escarlata que vio entrar el conserje de la finca donde murió De Souza… Pero respóndame a esto, Mara: ¿por qué uno de su secta, por qué un hombre flaco e inquietante, un servidor de la macumba, fue al Samba Palace de Ipanema, para aterrorizar a Lorena Acosta? ¿Por qué?

—Eso, tal vez deba preguntárselo usted a ese hombre.

—¿Dónde está?

—¿De veras quisiera encontrarlo, verse frente a él?

—Sí.

—Es peligroso. Si usted pretende destruirle, sería destruido. Eso no sería asesinato, sino la defensa de nuestros sagrados derechos…

—Aun así, quiero verme con él lo antes posible, Mara. Saber su respuesta…

—Muy bien —murmuró ella, clavando en él sus ojos oscuros,

profundos, insondables y extraños—. Muy bien, Burt Hodiak. Será complacido…

De repente, Burt notó aquel extraño vaho, como un vapor amarillento que brotaba de alguna parte, o quizá de ninguna en concreto. Era una bruma que subía en torno a Mara, la sacerdotisa de la macumba.

Trató de hacer algo, de luchar, de alejarse de aquel vapor difuso y aromático, de embriagadora dulzura, que parecía adherirse a él y a sus ojos, a su propio cerebro, paralizándole, reduciendo a la nada sus impulsos y su voluntad.

Borrosamente, captó el sonido del teléfono al llamar. Tal vez era Do Santos desde su despacho en el Departamento de Homicidios. Tal vez. Lo oyó sonar repetidamente, sin fuerzas ni voluntad para ir a tomarlo, para alzar el aparato y atender la llamada…

Era como flotar entre nubes o sentirse entre espuma y corcho, en una inexplicable inconsciencia cada vez más acentuada.

El rostro moreno y seductor de Mara. —¿O era Lorena… o era una diablesa engañosa y taimada?—, se aproximó a él. No vio más que las pupilas negras, centelleantes, absorbentes…

Y esa misma negrura profunda le absorbió, sin que él mismo supiera cómo.

* * *

Los ojos ya no eran negros. Su brillo no era ya el azabache.

Eran rojos, muy rojos. Como rubíes fulgurantes. Como sangre cristalizada.

Extraño. Ojos escarlata, brillantes, vidriosos… ¿Qué extraña metamorfosis se había operado en ella, en Mara, la sacerdotisa? Además, ahora su cuerpo culebreaba, sinuoso, brillaba con fulgores de oro viejo, cobraba la forma ondulante del reptil.

Era una serpiente. Reptaba con la cabeza alta. Era el despertar de la mente. Ascendía sobre algo, quizá una aguja de piedra. O también de oro. Como las escamas mismas del reptil.

Miró, aturdido. Otra víbora le contempló desde el lado opuesto, al girar la cabeza. Pero ésta reptaba en sentido descendente. Era la obnubilación mental. El otro símbolo del fetichismo de los vudús.

Pero ¿y Mara? ¿Qué había sido de ella? ¿Dónde estaba él ahora? ¿Qué lugar era aquél?

Trató de averiguarlo, a medida que salía de su confusión, de su profunda torpeza mental, que parecía envolver en algodones su mente y sus ideas todas, lo mismo que su cuerpo, acorchado e insensible.

Era un extraño lugar. Una cueva. Una cueva con un ara. Un altar de rituales fetichistas…

Burt Hodiak se preguntó dónde estaría. Sin duda, en algún lugar, fuera de la capital carioca. No entendía muchas cosas, porque la torpeza mental proseguía, pese a todos sus esfuerzos por ahuyentarla. Pero poco a poco, iba haciéndose cierta composición del lugar, iba evocando momentos inmediatos, como perdidos en una bruma de siglos…

Una visita. El hermoso rostro de Lorena Acosta, su bella figura enfundada en roja seda… No, no era Lorena Acosta. Ella odiaba el rojo. Era la sacerdotisa de la macumba. Era el espíritu sazi de las junglas brasileñas.

Mara.

Mara, sí, Mara, la misteriosa mujer idéntica a Lorena Acosta…, si es que una y otra no eran la misma mujer. O un desdoblamiento metafísico quizá. Todo era posible con el vudú por medio.

Trató de moverse. Era inútil. Forcejeó.

Estaba tendido sobre una piedra lisa y desnuda. Atado. Fuertemente atado, además. Y no estaba solo.

—¡Mara! —susurró, aturdido—. ¿O es… Lorena?

Ella le miró. Ahora era difícil diferenciarlas. Ni siquiera un vestido rojo. Casi desnuda. Jirones de ropas, Apenas unos trozos. Crispada. Con gesto de angustia. De inquietud, pero no de terror.

A pesar de todo, nada de terror en su mirada, en su gesto… Si acaso, un poco de conformidad, de resignada entereza ante lo irremediable.

—Mara —musitó ella ahogadamente—. Soy Mara.

—¿Qué ha sucedido?

—No sé. No entiendo bien.

—Creí que me había sugestionado. Hipnotizado —jadeó Hodiak secamente.

—No. No es así. Si acaso, ambos sufrimos idéntica suerte.

—Quisiera estar seguro de ello. Sigue sonándome a encerrona. Tal vez sólo pretende usted obtener una coartada con todo esto…

—¿Coartada? —Ella rió huecamente, de un modo que no me gustó—. No me hará falta, se lo aseguro. Los dos vamos a morir. ¿Es que no lo entiende?

—Morir… —Un escalofrío recorrió su espina dorsal—. Cielos…

—Debió imaginarlo. Éste es un cepo mortal. Para ambos, Hodiak.

—Usted dijo que la macumba no hacía sacrificios humanos… —le recordó secamente Burt.

—No acostumbra a hacerlos. Pero, a veces, es distinto. Depende de ciertas cosas…

—¿Qué cosas?

—Traiciones, falsedades, mentiras sacrílegas… Cosas así, Hodiak.

—Yo no he mentido a nadie. ¿Usted sí, Hodiak?

—Tal vez. No sé… Dicen que quien merece la muerte, muere a manos de su propio destino.

—Éste no es nuestro propio destino. Sólo una encerrona. Una trampa. Si nos matan, será un crimen, nada de un ritual ni una ceremonia secreta. Cada cosa tiene su nombre, Mara. No se deje cegar por esa pandilla de fanáticos.

—¿Fanáticos? —La palabra de Burt Hodiak fue repetida por alguien, en alguna parte. Como un eco entre los peñascos húmedos de la cueva. Sólo que no era un eco. Luego, hubo una carcajada—. No, señor Hodiak. No somos fanáticos. Ni siquiera pertenecemos a la macumba. Pero nos interesa que haya cosas para atribuírselas a ellos, a esos pobres estúpidos que confían en ayudar al mundo con procedimientos medievales y necias invocaciones…

Burt Hodiak giró forzadamente su cuello, pese a las ligaduras que le sujetaban a la lisa piedra que, a semejanza de la gemela mesa rocosa donde se hallaba Mara, a menos de cinco yardas de él, le servía como duro lecho.

Se encontró con unos hombres encapuchados, que emergían de la boca negra de una galería subterránea, pisoteando un reguero de agua con sus botas de goma negra, emergiendo bajo los faldones de unas túnicas oscuras, provistas de un distintivo extraño en el pecho.

El distintivo era un feo rostro rudimentario, bordado en rojo sobre la tela burda. Un rostro con pocos trazos, rematado por una corona desigual, luciendo una especie de melenas caídas.

Burt Hodiak trató de recordar. La imagen le hacía pensar en algo concreto, pero no podía definirlo. Su memoria no le ayudaba ahora gran cosa. La idea se le iba de la mente, pese a que intentaba apresarla insistentemente.

—Vosotros… —jadeó Mara, con su rostro hermoso y bronceado, repentinamente empalidecido por alguna oculta emoción que Burt no pudo identificar por el momento—. Debí imaginarlo… Esas serpientes no son vuestro símbolo. No son estos vuestros malditos altares de sacrificios humanos…

—Tampoco pretenden serlo —rió la hueca voz bajo la capucha negra. Unos oscuros y malévolos ojos se fijaron en ella y en Hodiak siniestramente placenteros—. Sólo tratan de ser lo que aparentan, hermosa sacerdotisa.

—Ahora lo entiendo… —Los ojos oscuros de Mara (¿O era Lorena?), se desorbitaron con repentino terror. Parecía haber comprendido súbitamente—. Todo es mentira… Un ara de sacrificios fingida… Un crimen planeado para culpar a la macumba… ¡Eso arrojará sobre mi gente la ira de las autoridades, el odio y la repulsa de todos los fieles creyentes!

—Exacto, hermosa Mara —admitió el enmascarado—. Nosotros sabemos hacer las cosas. Somos prácticos, no soñadores ni idealistas. Con vuestros ritos no se llega a parte alguna. Todo eso está pasado ya. Total, absolutamente pasado… El mundo necesita otras cosas que ojos de cristal, granos de café, estrellas de mar o cabezas de ajos y cuentas de vidrio…[3]. Es el momento de la acción, de la sangre, ¡de la violencia! Y de eso nos ocupamos nosotros. El vudú está desplazado en el mundo de hoy. Es cosa para un puñado de negros y mestizos ignorantes. En cambio, nuestro ritual…

—¿Qué ritual? —quiso saber Burt, realmente alarmado.

—Eso, extranjero, debería importarte poco. Pero, puesto que vas a morir en breve plazo, vale más que seas informado minuciosamente de todo… —El encapuchado avanzó hacia él con lentitud. Burt se preguntó por qué veía algo raro, algo familiar tal vez, en la forma de hablar y moverse de aquel siniestro y anónimo personaje, pese a sus movimientos grandilocuentes y a su voz deforme, enronquecida intencionadamente, para evitar una fácil identificación—. Estás en poder de algo más importante y

trascendente que una simple secta de ignorantes y crédulos siervos de la macumba. Nuestros ritos no están encaminados a servir a otra Naturaleza que el mal que los hombres merecen. Nuestro Credo es la destrucción, la sangre y el sufrimiento. No la caridad practicada a través del espiritismo, como hacen más de veinte mil centros espiritistas en todo Río de Janeiro…[4]. No, Burt Hodiak. Eso no conduce a nada, salvo a un Carnaval vistoso, unas bellas ceremonias turísticas y la burla de todo el mundo…

—Y lo vuestro, sea lo que sea…, ¿adónde conduce? —preguntó Hodiak, seco.

—Adonde la auténtica macumba, como rama de la Magia Negra que es, debió conducir a sus fieles siervos: ¡a la destrucción, al daño a los demás!

—Hablas como si el propio Diablo te dictara esas palabras —suspiró Hodiak.

—Es que YO SOY EL DIABLO —dijo airadamente el encapuchado, clavando en él unos ojos malévolos pero, indudablemente, terriblemente humanos también. A pesar de ello, se estremeció Burt, preguntándose si el Diablo tendría, después de todo, apariencia humana.

—¡Mientes! —gritó agudamente Mara—. ¡Sólo eres un miserable siervo del mal, un discípulo suyo en este mundo, para provocar la muerte y el dolor en los demás, como te dictan tus ritos satánicos! ¡Sin duda, el propio Lucifer está contigo, pero no eres sino un criminal vulgar, investido del poder que te otorga una secta satánica, de fanáticos entregados al odio y a la destrucción!

—¡Calla, puerca! —gritó el encapuchado, precipitándose sobre ella. Y su mano enguantada golpeó brutalmente el rostro de Mara. Burt Hodiak vio correr la sangre por la comisura del labio de la infortunada prisionera, sin poder hacer otra cosa que forcejear con sus ataduras, completamente irrompibles—. ¡La corrupción ha llegado al mundo y debe ser destruida, porque se cubre con disfraces de honorabilidad y de hipocresía! ¡El mal se manifestará en toda su virulencia y su poder, para que los hombres adoren a su único señor, Satán…!

Lucifer… Satán…

Hodiak iba atando cabos, recordando cosas… Aquel bordado en la túnica del encapuchado, sus palabras fanatizadas, su declarado

cariz satánico…

Lucifer. Era eso. El dibujo tradicional de Lucifer en la Edad Media. El rostro con la corona real. El rey del Mal. El que pretendía ser amo y señor de los humanos. Y aquellos locos enmascarados, sus siervos. Siervos del odio, del crimen, de la violencia y de los ritos demoníacos Algo demasiado en boga actualmente. Y mil veces peor que la ingenua macumba y sus ritos tradicionales, herencia de siglos de una raza sojuzgada.

Burt Hodiak apretó los labios rabiosamente, en su impotencia actual. Sabía que éstos no tendrían piedad. Ninguna piedad con él ni con ella. Servían a un amo que no perdona, que exigía sangre…

Luego, cuando sus cadáveres fueran hallados en aquella cripta oculta, el culpable sería fácil de definir por el comisario Do Santos y las autoridades brasileñas: la macumba y sus servidores. Se les pondría al margen de la ley…

Los seguidores de Lucifer eran astutos. Muy astutos. Y brutales, llegado el caso. Mara se había desvanecido bajo el alud de golpes. El hilo de sangre corría por su mejilla y mentón a partir de la comisura del labio crispado por el dolor.

—Asesinos… —Silabeó Hodiak—. ¿Fuisteis vosotros quienes ejecutasteis a otros hombres, para culpar de ello a la macumba?

—Nuestras ejecuciones se cuentan por centenares… —rió el encapuchado—. Pero difícilmente podrán jamás probar que nosotros fuimos sus autores.

—¿Están entre ellos Osborne y De Souza?

—No los recuerdo. No, supongo que no —rió el encapuchado—. ¿Cómo puede importarte eso ahora, cuando vas a morir?

—No lo sé. Simple curiosidad de moribundo, supongo…

—Tienes un gran sentido del humor, americano. No, ésos no fueron víctimas de la secta… Pero importa poco. Veremos si tu sentido del humor continúa intacto cuando lleguen tus verdugos.

—¿Verdugos? Creí que seríais vosotros…

—No. Son más pequeños. Mucho más pequeños. También más crueles. Implacables. Ellos no perdonan. Tienen hambre. Mucha hambre. Les gusta la carne humana…

—¿Qué clase de verdugos son ésos…? —Se estremeció Hodiak, temiendo algo horrible.

—Esta cueva, ese agua de mar que entra… Deberías adivinarlo,

americano. Son… CANGREJOS.

Y soltó una aguda carcajada.

Capítulo VI

Cangrejos.

Debió imaginario. Burt Hodiak sabía ahora lo que les esperaba realmente. Una larga, espantosa agonía. La peor de todas, quizá. Luego, la muerte. Una muerte inexorable.

Cangrejos. Cangrejos gigantes. Voraces, carnívoros. Hambrientos.

Eran cangrejos oscuros, brillantes, coriáceos. Grandes como tarántulas tropicales. A veces mayores. Había alguno escalofriante, como un enorme «buey de mar» o un centollo. Se movían en hileras. Reptando con aquel movimiento suyo hacia atrás, que parece gracioso cuando se contempla pasivamente, sin riesgo alguno, en especies más pequeñas.

Pero éstos no tenían gracia alguna. No para Burt Hodiak, ni para Mara, sacerdotisa de la macumba brasileira. Cuando menos, Mara soportaba estoicamente la atroz prueba. No se movía. No gritaba. No clamaba por una muerte rápida que era lo mínimo que se podía esperar, y lo máximo que se podía exigir.

Inmóvil, rígida, con ojos fijos, vidriosos, cuajados de horror pero también de extraña y helada resignación, seguía y reseguía desde su forzada postura en el altar de sacrificios, aquellos movimientos mortíferos, en dirección a ellos dos.

Chapoteaban las criaturas voraces sobre los regueros de agua de mar que se filtraban en la oquedad. Sus pinzas chascaban en el aire, como tenazas de muerte. Los crustáceos asesinos estaban llegando a las dos mesas de piedra dispuestas para el sacrificio.

—Mara, ¿no existe algún medio de evasión, una forma de luchar, de intentar salvarse? —preguntó Hodiak en un ronco jadeo.

—No —negó ella apagadamente—. Ninguno. Las ligaduras son

fuertes. Ellos saben hacerlo, amigo mío. Estamos definitivamente condenados. Por eso se han ausentado, dejándonos a solas con sus feroces alimañas. No necesitan más, en realidad. Saben que los cangrejos dan siempre buena cuenta de sus festines.

—Cangrejos, malditos sean… —refunfuñó el joven norteamericano, forcejeando en vano con sus ataduras—. ¿Quiénes son exactamente esos sectarios, Mara?

—Ya les ha oído hablar. Siervos del Diablo. Una de esas sectas que ahora proliferan en el mundo. Satánicos. Para no ser ellos perseguidos por la ley, echan todas las culpas a los que practican la macumba. Como en este caso, ¿comprendes?

—Claro, nuestros cuerpos serán hallados, tarde o temprano. Do Santos pensará que fue obra de los ritos de la macumba. Sus compañeros serán perseguidos por esto, Mara.

—Lo sé. Es lo que buscan. Lo que siempre consiguen.

—¿Pudieron ser ellos los asesinos de De Souza y Osborne?

—Podrían serlo. Pero usted habló de una mujer muy parecida a mí. ¿Sospecha que Lorena Acosta sea miembro de esa secta?

Burt fijaba sus ojos en un voraz cangrejo que empezaba a escalar la roca, hacia el cuerpo de Mara. Se estremeció, angustiado. En pocos momentos, las pinzas herirían su carne. Sería el principio de un espantoso final…

Tardó en contestar a la pregunta de la joven y hermosa cautiva, cuyo turgente cuerpo iba a ser presa de los crustáceos de la muerte. Afuera, en alguna parte, el mar batía contra las rocas con fuerza. Debían hallarse en algún rompeolas, próximo a la bahía de Río.

¿Qué importaba donde pudieran estar? Era la sentencia de muerte. Su sentencia de muerte, y eso es lo que contaba. Ya no debía preocuparle la situación de aquella gruta, pretendidamente dedicada a ritos de macumba, pero en realidad utilizada por los misteriosos encapuchados de la secta satánica.

—No sé… —murmuró, viendo cómo el cangrejo estaba ya a pocas pulgadas de la carne morena y hermosa de la muchacha—. Pudiera serlo, pero ni siquiera puedo estar seguro de que Lorena tenga algo que ver con todo esto…

—¿Quién? —sonrió amargamente Mara—. ¿Acaso yo?

—Empiezo a pensar que tampoco. Oh, esto es para enloquecer. Y no puede haber TRES mujeres idénticas. Ya es demasiado que

existan dos virtualmente iguales, sin ser siquiera hermanas gemelas ni tener parentesco entre sí.

El cangrejo llegó arriba. Mara lo vio. Sus ojos tuvieron un destello de horror. Eso fue todo. Parecía resignada con su espantosa suerte. Las pinzas estaban chascando con fruición, el cuerpo oscuro y brillante se movía aprisa ahora, muy cerca de la piel de bronce vivo, que se estremecía de horror.

Avanzó el animal marino por la lisa roca. Hacia la joven. Burt Hodiak resopló ahogadamente. Iba a presenciar un espantoso martirio, previo a la muerte, inexorable.

Otros cangrejos seguían la ruta del anterior. Miró a sus pies. Se erizaron sus cabellos en la nuca.

Había ya más animalillos de aquéllos, haciendo crujir sus patas y su costra marrón, cubierta de musgos y algas, sobre su propia piedra, cerca de los pies desnudos, sujetos por los tobillos al ara de sacrificio alucinante.

—¡Oh, Dios mío…! —musitó Hodiak forcejeando estérilmente con lo que sólo atraía la curiosidad voraz y malsana de los diminutos monstruos. A veces, no tan diminutos, sin embargo.

Apretó los labios para no gritar, cuando una pinza hirió su dedo pulgar izquierdo, y otra mordió el talón derecho de su pie. La sangre brotó rápidamente de los dos tajos producidos, corriendo por la piedra, mezclada con agua salitrosa. El olor de la sangre debió excitar a los animales, porque corrieron sobre sus piernas, como enormes insectos, y notó tres o cuatro hirientes tijeretazos de sus pinzas sobre tobillos y pantorrilla.

Entretanto, ya Mara había sido mordida por el crustáceo. Ella gimió, estremeciéndose con un dolor sutil y enloquecedor. De su herida escaparon gotas de roja sangre, que trazaron estrías por su axila y costado. Ya una docena o más de los pequeños animales marítimos deambulaban sobre aquella piel morena y palpitante, prestos a convertirla en pulpa sanguinolenta e informe Los primeros gritos y sollozos se escucharon en el interior de la cripta marina. Y no era ella sola quien los emitía…

* * *

Los manotazos bruscos, casi brutales, de aquellas manos vendadas con gruesa goma, lanzaron a los crustáceos violentamente

por doquier. Botas pesadas hicieron crujir sus cortezas al aplastarlos con rabia, de un modo virulento.

Otro medio de dispersarlos y hacerles huir en des bandada, pese a su número y voracidad, que les hacía doblemente peligrosos, fue arrojar al suelo una botella de gasolina y prenderle fuego al reguero. Los charcos de agua de mar se encendieron, en su superficie oleosa actual, y los cangrejos, al sentir el fuego, emprendió ron veloz carrera hacia sus grietas en la roca, de regreso a la arena y al mar que rugía afuera, batiendo los peñascos costeros.

—¡Fuera, malditas bestias, fuera de aquí! —Rugía el hombre, actuando con rapidez y eficacia en el des trozo de crustáceos. Resopló al final, contemplando la figura inerte, desvanecida y sangrante, de la
infortuna' da
Mara, y la todavía consciente, pero crispada por el dolor, que hacía palidecer intensamente su rostro, de Burt Hodiak.

—Calma —dijo serenamente el recién llegado con voz fría, con un tono monocorde e inexpresivo. Unos ojos oscuros, brillantes y fríos, se clavaron sin emoción en Burt—. Calma, americano. Están a salvo ahora. Les sacaré de aquí.

—Usted… —masculló Hodiak, a punto también de perder el conocimiento, a causa de los profundos cortes de las pinzas en sus carnes—. Usted… Gracias, amigo…

Era el hombre flaco, oscuro, apergaminado y rugoso como una momia desenvuelta de sus milenarios vendajes. El misterioso visitante del camerino de Lorena Acosta. Sin duda, un importante babalao o jefe de clan entre los fieles siervos de la macumba de Río…

Y era a él a quien debían la vida. Burt Hodiak tuvo plena conciencia de eso, antes de sumirse también en las sombras al perder el conocimiento.

* * *

—Pudieron haber muerto los dos —dijo secamente Do Santos, contemplando ceñudo a Burt Hodiak en su lecho del hospital—. Esos animales no perdonan.

—Me doy perfecta cuenta. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Eso le enseñara a no meterse en lo que no es su tarea. La

alocución televisiva no le hizo ningún bien. Mucha gente asistió a ella. Había personas interesadas en hacerle callar.

—Y en culpar a la macumba, comisario.

—Eso no lo sé. Pudieron ser miembros de la macumba los que les capturaron y condujeron a aquel sitio, ¿no se le ha ocurrido pensarlo?

—Tonterías —rechazó Hodiak, airado—. Yo los vi. Eran encapuchados, siervos del Diablo. Una organización satánica.

—Imagine que ellos querían luego salvarles la vida, fingirse nobles y esforzados en sacarles de ese altar antes de morir. Usted y esa chica declararían lo que ellos quieran, y la macumba sería algo así como una entidad caritativa, de santos varones y gentes honestas, incapaces de hacer daño a nadie.

—Tal vez sea así, después de todo. Podría jurar que no eran siervos de la macumba.

—No jure demasiado. ¿Sabe lo que hemos encontrado al registrar esa cueva, en las rompientes costeras de las cercanías de Botafogo?

—¿Cómo puedo yo saberlo, inmovilizado aquí por culpa de mis pies heridos? —refunfuñó con mal humor Hodiak.

—Algo muy interesante, amigo mío —suspiró el comisario de policía de Río de Janeiro—. Exactamente, esto.

Sacó de su bolsillo, con gesto cansado, una rugosa fotografía, sin embargo de brillo y tersura que acusaban lo reciente de su obtención. Representaba dos piezas de orfebrería, sobre un tapete oscuro, para señalar los contrastes.

Hodiak se estremeció. Recordaba demasiado bien aquellas figuras en el altar de la muerte. Eran idénticas, pero en tamaño de joya normal. Dos serpientes con ojos de rubíes. Reptante una con la cabeza hacia arriba. Deslizándose otra, cabeza abajo. Ascendente y descendente. Despertar y oscurecimiento de la mente…

Ritual vudú. Las joyas mortales. Una perteneció a De Souza. Otra, a Osborne.

Las contempló, perplejo.

—¿Son las legítimas, comisario? —quiso saber.

—Lo ignoramos, Hodiak. Las encontramos en un recipiente de ritual macumba, en el altar de sacrificios de la cueva. Había otras cosas del vudú brasileño: instrumentos musicales, como la cuica y el

tamburín. Y velas. Y garrafas de aguardiente para los hechizos rituales.

—Pudieron dejarlo allí para acusarlos. De hecho, ha tenido que ser así, comisario.

—¿Usted cree? ¿Y las joyas?

—Si son auténticas, es que esa sociedad secreta, dedicada a prácticas satánicas, asesinó a los dos hombres, arrojando culpas sobre la macumba, estoy convencido de ello.

—Yo no estoy tan convencido. —Do Santos miró a Hodiak fijamente, guardando la fotografía—. De lo que sí estoy convencido es que quiere salvar a esa chica, a Mara.

—Fue víctima, como yo, de los malditos cangrejos.

—Pudo ser una farsa, se lo dije antes. La intervención de ese babalao es demasiado providencial, demasiado oportuna para ser auténtica.

—¿Cómo la explica él? —se interesó Burt.

—De un modo muy propio de ellos —se encogió de hombros el policía de Homicidios—. Según el babalao Gonzalves, su mente captó la llamada angustiosa de la mente de Mara. Y por simple telepatía acudió en su ayuda, encontrando el lugar desde donde llegaban las ondas mentales de la sazi. Los espíritus de los muertos, invocados por él mismo, le guiaron en su camino.

—Sé que suena absurdo, comisario. Pero tal vez la macumba pueda hacer cosas así.

—Amigo mío, empiezo a verle demasiado convencido sobre el poder de esa magia. ¿Es que usted también está hechizado? ¿Qué se hizo de su escepticismo y de su modo materialista y práctico de pensar, como buen norteamericano?

—No lo sé. Empiezo a ver cosas que no se explican de modo natural, comisario. Eso me preocupa y me hace creer que no tiene siempre una explicación lógica o razonable. Pueden existir otras formas de explicar lo inexplicable. Y eso es lo que yo estoy tratando de hacer.

—Sin duda, es mucho peor de lo que imagina —rió entre dientes Do Santos, sacudiendo la cabeza. Se encaminó a la salida de la estancia del hospital—. ¿Le gusta la chica?

—¿Qué chica?

—Mara, naturalmente —dijo Do Santos, sin volverse siquiera.

—No lo sé —confesó Burt con sinceridad—. Tal vez ella…, tal vez Lorena. Quizá ninguna. Como usted dijo, puedo ser víctima de un extraño hechizo…

—No me sorprendería nada —resopló el policía, resignado—. Bien, volveré a verle. Según el doctor, en un par de días podrá caminar, aunque algo dolorido, y con dificultades…

—Dígame si esas dos joyas son las auténticas, comisario. Estoy muy interesado en saberlo.

—Se lo diré, no tema —y antes de salir informó, limitándose a girar un poco la cabeza y mirarle por encima del hombro—. ¡Ah!, otra cosa, Hodiak. ¿Sabe que Lorena Acosta está detenida?

—¿Detenida? —Burt se irguió en el lecho, sorprendido—. ¿Por qué?

—Por sospechas de homicidio. Se la está interrogando. Aún no hay cargos contra ella. Se la va a someter a las pruebas del detector de mentiras y del penthotal sódico o «suero de la verdad». Ella no pone inconveniente a eso.

—Creí que sospechaba de Mara… —dijo secamente Burt Hodiak, dejando caer su cabeza sobre la almohada.

—Mara ha desaparecido, amigo mío —suspiró Do Santos ya en el pasillo.

—¿Qué?

—Ha desaparecido. Escapó del hospital. No pudimos carearla ni compararla con Lorena Acosta, ¿entiende? Es decir, todavía. No he logrado ver JUNTAS a las dos mujeres. Sigo pensando que podrían ser una misma… Y eso es lo que quiero descubrir, de una vez por todas…

Cuando hubo cerrado tras de sí la puerta, con un golpe seco, Burt Hodiak se quedó tendido en el lecho, con el rostro ensombrecido y ceñudo, preguntándose a sí mismo dónde terminaba lo real y comenzaba lo irreal…

Así le encontró su joven amiga Amanda Soares, de la televisión brasileña, cuando fue anunciada su visita.

CAPÍTULO VII

La propia Amanda Soares, con su moderno automóvil descapotable, color marfil, le esperaba a la salida del hospital, sonriente e invitadora.

—¿Sube, caballero americano? —preguntó, risueña, la joven presentadora de TV, abriendo la portezuela de su coche.

—¿Cómo no? —suspiró Burt, mirando su pie, calzado especialmente, pero todavía vendado bajo aquel zapato suave, ancho y blando—. Apenas si puedo poner el pie en el suelo.

Subió. Ella arrancó, conduciendo a través del tráfico de Río, en una mañana tibia y amable, no demasiado calurosa. Enfiló hacia la Avenida Río Branco, ya a punto de vivir las fechas febriles y esplendorosas del Carnaval. Colgaduras, gallardetes, estrados y tribunas, esperaban las jornadas de las triunfales «comparsas» cariocas, con su derroche de luz, color y fastuosidad.

—Gracias, Amanda —dijo Burt de pronto.

—¿Gracias? —Ella le miró de soslayo, sonriendo—. ¿Por qué, Hodiak?

—Por el paseo en coche —entornó Burt los ojos pensativo—. Ha sido muy amable conmigo estos días. Me ha visitado, me ha traído libros y revistas, me ha prestado ese pequeño receptor de televisión… En suma, usted ha contribuido a que esos horribles días resultaran más cortos.

—Olvídalo —rió ella suavemente—. Es un buen amigo. No se envanezca, pensando que me tiene enamorada o cosa parecida. Sólo pienso en usted como noticia de primera mano. Espero que vuelva a mi programa de televisión. Es un personaje importante en ese horrible misterio.

—No me lo recuerde. Creo que no volveré a su programa por

nada del mundo, Amanda.

—¿Me culpa, acaso, por lo sucedido?

—No, no exactamente. Pero hay gente a quien no le gusta mi modo de hablar y actuar ante las cámaras. No quiero verme de nuevo en uno de esos altares de sacrificios.

—Comprendo —ella viró, a la altura de Presidente Vargas—. Tuvo que ser una experiencia espantosa…

—Lo fue.

Durante unos momentos, el coche deportivo rodó en silencio. Burt examinaba el bonito perfil de Amanda, al volante de su automóvil. Se dio cuenta de que era muy atractiva.

—¿Está convencido de la inocencia de los miembros de la macumba? —indagó ella.

—Lo estoy, sí.

—¿Quiénes cree, que sean esos encapuchados de que habló? ¿Auténticos seres al servicio del Diablo?

—El diablo son ellos mismos —resopló Burt, sacudiendo la cabeza—. Es una corriente peligrosa que ha empezado a proliferar en mi país. Asesinatos «rituales» y todo eso. Hay muchas organizaciones secretas, formadas por gentes aparentemente honorables, e incluso ricas y prestigiosas, que creen servir a Satán. Al principio eran sólo grupos de gamberros o delincuentes juveniles. Ahora es más. Mucho más, desgraciadamente. Ritos sexuales, sacrificios humanos y ejecuciones aberrantes, forman parte de su horrendo credo. Tienen sacerdotes y sacerdotisas y han llegado hasta el canibalismo, Amanda, para cumplir con lo que ellos llaman «su liturgia».

—¡Qué horror! —Se estremeció la joven reportera, mirándolo con asombro infinito—. ¿No podríamos hablar de eso en mi programa, Burt? ¿Desvelar los ritos de esos monstruos, acusar a sus sectas de crímenes y de aberraciones sin nombre?

—No, mientras no den caza a esos encapuchados de Botafogo —rechazó Burt enérgicamente—. Es evidente que vigilan, que acechan. Y poseen medios de capturar sin que pueda resistirse la víctima. No sé si utilizan algún gas o droga, como sucedió en la visita de Mara a mi apartamento… Al principio, creí que era cosa de ella, ritual de la macumba… Pero creo que una tercera persona complicó las cosas y nos capturó a ambos. Un siervo de Lucifer, sin

duda alguna…

—Burt, ¿cree que Mara es inocente?

—Sí. Quiero creerlo, Amanda.

—¿Está enamorado de ella? —sonrió la periodista.

—Es la segunda persona que me lo pregunta.

—¿Lo está o no?

—No lo sé. Ni siquiera estoy seguro de que Mara sea Lorena o viceversa. O sean dos personas distintas, y una de ellas haya asesinado a Osborne y a De Souza. O que exista una tercera idéntica a ambas, cosa que resultaría ya delirante, pero no se me ocurre otra explicación. Yo vi en Florida a UNA de ambas. Puedo jurarlo. ¿Quién? Si son dos mujeres distintas, no lo sé. Pero era una de ellas.

—Tuvo que ser Mara —sentenció Amanda Soares, moviendo la cabeza con fatalismo.

—¿Por qué dice eso? —Burt la miró fijamente, sorprendido.

—Usted aún no lo sabe. Vengo del Departamento de Homicidios. Vi a Do Santos. Lorena Acosta ha resultado inocente.

—¿Inocente? ¿Cómo lo saben? —Burt arrugó el ceño.

—Lo dijo al detector de mentiras. Y «el suero de la verdad».

—No tienen valor legal por sí solos.

—Confirmaron sus coartadas. No hay lugar a dudas. Fue vista la noche de la muerte de De Souza, justamente a la misma hora, muy lejos del lugar del crimen. También tiene coartada para la noche de la muerte de Osborne, en Florida. El FBI la ha confirmado. Está fuera de toda sospecha, Hodiak.

—Entonces…

—El comisario Do Santos ha dictado orden de detención contra Mara, sacerdotisa de macumba —suspiró cansadamente Amanda Soares—. Acusada de asesinato… Ah, las joyas encontradas en la cripta de los adoradores del Emperador Infernal Lucifer… eran falsas. Copias perfectas de las auténticas, que siguen sin aparecer…

Eso era entonces.

Poco más tarde, cuando Burt Hodiak llegaba a la División de Homicidios de Río de Janeiro, conducido por Amanda Soares, a quien pidiera el americano ese favor urgente, vio las auténticas joyas formadas por las dos serpientes de viejo oro con hermosos y costosísimos rubíes…

Eran las auténticas.

—¿Dónde han sido encontradas? —preguntó Burt Hodiak roncamente, admirado ante los rojos destellos de aquellas dos fulgurantes, bellísimas gemas que formaban los ojos de los dos reptiles de oro.

Do Santos le miró fijamente, con extraña expresión. Luego fue escueto en su respuesta.

Escueto y sumamente expresivo, además:

—En la vivienda de Mara, la hechicera de la macumba… Las tenía ocultas allí, Hodiak. ¿Eso le explica algo?

Burt bajó la cabeza, anonadado.

—Sí —murmuró—. Creo que sí. Eso explica muchas cosas, por desgracia.

* * *

El espectáculo estaba en todo su apogeo.

Lorena Acosta seguía siendo la gran «estrella» del Samba Palace de Ipanema. Quizá ahora más que nunca, con la siniestra publicidad sobre la macumba y las sospechas que sobre ella recayeran durante algún tiempo, hasta ser acusada y buscada por la policía brasileña la desaparecida Mara.

Burt Hodiak tomó un lento sorbo de su combinado, moviéndose por la barra, mientras en el escenario, Lorena era la magnética, deslumbrante figura de siempre, exultante de hermosura, plena de sensualidad, mezcla de erotismo y de arte racial. Luces, focos, ropajes espectaculares… Todo contribuía a realzar la presencia de Lorena en escena.

Además, era Carnaval. Sábado de Carnaval, exactamente. Había ley seca en muchos puntos de la ciudad, para evitar los excesos del alcohol[5]. Pero en locales como aquél, siempre había excepciones con determinados clientes, aunque las bebidas pareciesen inofensivos zumos de frutas.

Afuera, tras el espectáculo, estallaría Río en el caos deslumbrante y bellísimo de sus festejos. Pero era pronto aún para la gran parada de las «comparsas» en Río Branco. Aquella noche comenzaba el gran espectáculo ciudadano, para prolongarse hasta el martes de Carnaval.

El miércoles de ceniza vendría la recogida de las basuras ingentes, con un lívido amanecer salpicado por las campanadas de

la Cuaresma. Hasta entonces, Río sería una ciudad demencial y fabulosa, entregada al frenesí ritual de sus festejos únicos.

Pero Burt Hodiak no pensaba en nada de eso mientras contemplaba, pensativo, la actuación de Lorena Acosta.

Sus ideas iban por otro lado muy diferente, en tanto los sonidos de percusión de la samba y de las batucadas entraban como un torbellino en sus oídos. Él pensaba en otras músicas del fascinante Brasil. Músicas de atabaques, de cuicas, de tamburines… Danza candomblé… Macumba, en suma.

—Macumba… ¿o Lucifer? —se preguntaba a sí mismo, una y otra vez.

Y no encontraba respuesta. Ninguna respuesta.

Cuando terminó la actuación de Lorena, una cerrada ovación acogió su mutis. Burt Hodiak no vaciló. Se hundió tras las cortinas de acceso al escenario. Iba a visitar el camerino de la artista sensual y embriagadora. Como sucedió en otra fecha, al empezar aquella pesadilla en Río…

* * *

Ella le miró a través del espejo del tocador, orlado de bombillas mate, de viva luz. Hodiak recordó aquella fotografía con vestido rojo, rota por la cantante… Otra fotografía, ésta con traje de samba, ocupaba su puesto en el espejo.

—¿De modo que siguen sin dar con ella? —preguntó al fin.

Burt asintió lentamente, con un movimiento de cabeza. Fumaba un cigarrillo emboquillado. Lorena había rechazado otro. No quería fumar.

—Todo igual —afirmó Hodiak—. He visto esta noche a Do Santos. No saben nada de ella.

—¿El comisario? —Lorena torció el gesto—. Me interrogaron duramente, Hodiak.

—Lo sé —afirmó el joven americano—. Querían estar seguros.

—¿De mi inocencia?

—Claro.

El tono de Burt era ambiguo. Ella dejó de aplicarse un nuevo tocado, para mirarle por segunda vez a través del cristal azogado.

Sus ojos eran dos enormes luminarias oscuras. Sus labios carnosos se abrieron para pronunciar unas pocas palabras amargas:

—¿Y usted? ¿Me cree usted inocente?

—¿Qué puedo importarle yo ni lo que crea?

—Me importa —afirmó Lorena. Cruzó sus piernas. La falda amplia, de volantes, cayó a ambos lados. Tenía unos muslos de bronce terso—. Por eso se lo he preguntado. ¿Me cree inocente?

—Lorena, yo mismo soy sospechoso en mi país. El FBI no está seguro de que sea Mara. Tampoco la policía de Florida, aunque han asegurado que tratarán de colaborar, por si soy de verdad ajeno a todo. Yo, por si acaso, aún no vuelvo allá.

—Eso no contesta nada. Creo que sospecha usted de mí, Hodiak.

—Sospecho de usted. Y de Mara. De ambas.

—¿Tan iguales somos, realmente? —dudó Lorena.

—Idénticas —suspiró él—. Ni aun ahora puedo saber si…, si usted es Lorena o no.

—Supongo que sus huellas dactilares son diferentes a las mías…

—No tienen huellas de Mara. Un error de Do Santos. Está furioso por el olvido. Cuando quiso obtenerlas, ella había huido del hospital.

—Es asombroso, tener una mujer tan semejante a una, andando por el mundo… y matando a la gente.

—Si ella lo hizo, no sólo resulta asombroso, sino molesto… ¿Usted no sabe de nadie más?

—Nadie más…, ¿qué?

—Que sea igual —sonrió Burt.

—¿Otra igual? ¿Tres mujeres idénticas? Sería demasiado, ¿no cree?

—Sí, demasiado. Pero es que…

—¿Qué? —le alentó Lorena a seguir.

—No sé… A veces tengo una idea extraña, absurda.

—¿Qué idea?

—Que ninguna de ustedes es la criminal. Ni usted ni Mara.

—Tal vez sea cierto. ¿Por qué no haber una tercera persona?

—Porque yo vi su rostro en Florida —insistí—. Y era el suyo. O el de Mara. Da igual.

—No, no da igual. No en estas circunstancias, Hodiak —se incorporó. Ahora le estudió, ya en pie, ante él, desde detrás de la prominencia de su hermosa silueta, ceñida por el corpiño multicolor de su atavío tropical—. ¿Qué le pasa con esa chica, Mara? ¿Siente

algo por ella?

—Todo el mundo me pregunta igual —suspiró—. ¿Tengo cara de enamorado?

—La defiende demasiado. Eso es todo.

—Pasamos juntos una terrible aventura. La desgracia une a la gente.

—Me contaron algo. Esos horribles cangrejos —tuvo un escalofrío. Burt no la perdía de vista un instante. Pero en el fondo parecía no saber lo que buscaba tras aquel rostro que, como una máscara repetida, se ofrecía ante él—. Burt, si somos tan iguales…, ¿qué diferencia hay entre ella y yo?

—Ninguna, que yo sepa.

—Entonces…, ¿por qué no se siente atraído por mí, en vez de por ella?

Hodiak la miró, asombrado. Lorena se inclinó sobre él. Le rodeó con sus brazos de bronce. Su boca sensual apretó la del joven americano. Sus labios eran húmedos y cálidos. Cuando se apartó Burt tuvo que tomar aliento.

—Cuando encuentre a Mara trate de que le bese. Y dígame si hay diferencia en eso… —dijo ella arrogante.

Hodiak se limpió los labios de *rouge*. No había gran cosa. Lorena usaba cosméticos caros y fijos. Sacudió la cabeza aplastando su cigarrillo en un cenicero.

—¿Por qué lo hizo Lorena? —indagó.

—¿Qué? ¿Besarle?

—Sí. No creí que fuese su tipo.

—Es duro. Me gustan los duros, eso es todo. Burt, me gustas. Detesto que pienses si Mara y yo somos una misma persona, o si ella es inocente y yo culpable.

—No dije eso. Incluso sugerí una tercera Lorena. O Mara.

—Eso es un disparate y lo sabes. ¿Vas a esperarme? Podríamos ir a alguna parte, tras la función. A Río Branco, por ejemplo.

—¿A ver las «comparsas»? —Hodiak se encogió de hombros—. Está bien. Vamos allá. Mucha gente de Río se va a morir de envidia esta noche.

—¿Chicos o chicas? —rió Lorena, de buena gana, besándolo más suavemente.

—Eso, nunca se sabe —sonrió Burt jovialmente—. Pero tú eres

Lorena Acosta, la gran artista, además de ser tan hermosa…

—Mientras esos diabólicos personajes que me nombró el comisario, no me confundan con tu amiguita Mara…

—No creo que nadie se atreva a atacamos. La policía está dando batidas para localizar y detener sectas de satánicos y endemoniados más o menos peligrosos. No, ellos no me preocupan ahora.

—¿Quién, entonces? ¿La persona que mató a Osborne y a De Souza?

—Dejemos eso —se encogió de hombros—. Y pensemos sólo en el Carnaval…

CAPÍTULO VIII

Carnaval en Río.

Tres palabras mágicas. No bastan descripciones. Ni reportajes. No. Hay que vivirlo. Sentirlo. Embriagarse con él. Vivir las noches de la Avenida de Río Branco durante cuatro fechas imborrables.

Estaba próximo el amanecer cuando salían de la amplia avenida, escenario del desfile fascinante de las «comparsas». Y aún quedaban horas enteras de espectáculos. Pese a la «ley seca» ocasional, había ebrios por doquier. Y ambulancias. Y coches policiales y patrullas. Y pequeñas orgías en callejones alfombrados de serpentinas y confetis. Y peleas violentas. Hombres heridos. Y muertos.

Alrededor suyo, olía a sudor, a multitud. Lorena y él se alejaron hacia las vías más despejadas de la capital. Resopló, todavía mareado, sugestionado, absorto por el ritmo.

—Increíble… —dijo—. Increíble…

—Sí —admitió Lorena—. Se pueden decir tantas cosas, que sólo ésa lo explica todo…

Se encaminaron a un local abierto, repleto de público. Los condujeron a un reservado. Burt Hodiak pidió champaña. Con una propina generosa, hubo champaña, a pesar de la prohibición.

Lorena llevaba un fascinante vestido verde brillante, de profundísimo escote. Brindaron. Se besaron. Volvieron a beber…

Cuando salían ya del local, ocurrió lo desagradable. Un tipo se detuvo ante Lorena. Iba ebrio. Tenía rostro enjuto y moreno, con la huella de una fea cicatriz en su mejilla derecha.

Le dijo una barbaridad. Quiso abrazarla. Lorena le abofeteó. El tipo trató de replicar. Hodiak saltó, golpeando con un seco mazazo de su puño sobre el rostro del camorrista, que cayó como fulminado. Al hacerlo, su mano, aferrada al vestido de Lorena, se

llevó un largo jirón de tejido verde.

—Buen golpe —aprobó ella, sonriente, volviéndose a Burt.

De repente, se quedó seria. Muy seria. Se miró el busto. Quedaba casi al descubierto. Era el derecho. Burt clavaba en él sus ojos.

—¿Qué sucede…? —comenzó ella.

—Lorena, ¿dónde y cuándo te has hecho esa herida? —preguntó roncamente el americano, recordando el corte de la pinza de cangrejo, sobre el busto de Mara…

* * *

El comisario Do Santos meneó la cabeza, exasperado. Contempló a su visitante matinal con ira. Estaba el policía brasileño macilento, sin afeitar, con profundas ojeras y ojos enrojecidos.

—Me pasó la noche sin dormir, por culpa del Carnaval —masculló—. ¡Diez asesinatos en un solo distrito de la ciudad! Y ahora, usted…, ¡usted me viene con esa fantástica historia de la mordedura en el seno de Mara y de Lorena!

—No es ninguna fantasía —replicó Burt, secamente—. Sencillamente… no puede ser coincidencia. Sería demasiado, compréndalo.

—Escuche, Burt —se armó de paciencia el comisario, deteniéndose y apoyándose en su mesa de trabajo, colgando fláccida y arrugada su torcida corbata—. Usted me ha dicho la explicación que le dio Lorena Según ella, se hirió con el cierre de cremallera de un determinado vestido. Incluso ha prometido enseñárselo, ¿no es cierto? Así verá que es la causa del corte. ¿Cómo diablos se le ocurre sospechar de ella sólo por…, por un corte cualquiera?

—No es un corte cualquiera. Es idéntico al de Mara. O muy parecido.

—Todos lo son, Hodiak Tiene usted la mente llena de malas novelas policíacas, maldito sea su espíritu observador y analítico. ¿Qué pretende decirme? ¿Que Lorena y Mara son LA MISMA persona? ¡Es ridículo y no tiene sentido!

—Nadie las ha visto juntas. Ni usted siquiera, comisario.

—¡Por todos los demonios, eso no significa nada!

—¿Y el mismo corte tampoco?

—¡Tampoco! Incluso hay hermanos gemelos que sufren idénticos

dolores, lesiones parecidas y cosas por el estilo.

—Pero Lorena y Mara no son hermanas… —Se detuvo Burt Hodiak.

A su espalda había sonado una voz calmosa, preguntando con cierta frialdad:

—¿Está totalmente seguro de eso, Hodiak?

Burt se volvió. Contempló, perplejo, a la recién llegada. Do Santos clavó sus ojos en el rostro fresco y jovial de Amanda Soares, y se llevó las manos a la cabeza, soltando una serie de imprecaciones.

—¡Lo que nos faltaba! —gritó—. ¡Ahora la prensa televisada!

—Amanda, ¿por qué has dicho eso? —Hodiak fue directamente hacia la joven reportera. Ésta tenía una sonrisa maliciosa, de rara complicidad en algo—. Tengo motivos para sospechar que Mara y Lorena sufren idéntica herida en idéntico lugar. ¿Usted sospecha otra cosa?

—No son sospechas —hurgó en su bolsillo y tendió algo a Burt Hodiak. Ceñudo, hasta Do Santos había levantado la cabeza, mirando aviesamente a la periodista—. Tome. Eche un vistazo a esto. Lo he obtenido hoy. Me lo enviaron urgentemente de Belho Horizonte, lugar de nacimiento de Lorena Acosta…

Hodiak tomó el documento. Era una certificación extractada de una partida de nacimiento. A nombre de LAS MELLIZAS LORENA Y MARA ACOSTA.

* * *

Burt estudió largamente a la joven. Ella sollozaba ahogadamente. Afirmó al fin:

—Sí, Burt —dijo—. Es cierto.

—Claro que es cierto. El juzgado no se equivoca en esas cosas, Lorena.

—Quiero decir que es cierto que te mentí. A ti y a la propia policía… Era un viejo pacto entre ambas. Si esa entrometida no hubiera hecho indagaciones…

—Pero las hizo. Tarde o temprano, tenía que saberse. Sobre todo, en un caso de homicidio.

—Mara no quería trabajar en la escena. Ella…, ella se dedicó a esos extraños ritos del vudú y cosas por el estilo… Eso podía

hacerme mucho daño como artista. Mara lo entendió y resolvimos ocultar a todos nuestro parentesco fraterno. Pero somos tan iguales… A veces, yo siento sus dolores. Y ella los míos, lo sé… Cuando ella fue mordida por un cangrejo, no hay duda que, a juzgar por el día y la fecha, yo me hería, sin querer, con un instrumento depilatorio… Sangré… Dios mío, son fenómenos increíbles. No sé por qué tienen que suceder…

—Nadie lo sabe a ciencia cierta, Lorena —suspiró Burt—. Ahora, ese parecido vuestro tan increíble, tiene sentido. Pero vamos al meollo del asunto. ¿La crees culpable de algo?

—Rotundamente, no. Pero esos ritos suyos, esos actos de superstición…, no me gustan. Pueden hacer mucho daño a la gente, Burt, aunque no lo desee… —Los ojos de Lorena se clavaron en la solapa de Burt. Ya varias veces le había mirado hacia allá, como fascinada—. Por favor, ¿no puedes quitarte esto? Su destello me molesta…

—¿Esto? —sorprendido el gesto, Hodiak se tocó el botón que asomaba en su ojal de la solapa. Era una piedra roja, centelleante. De ser un rubí, hubiese valido una fortuna—. Lo tengo hace tiempo. Fue un regalo. No creí que pudiera molestar…

Se lo quitó. Lorena respiró aliviada y sonrió forzadamente.

—Perdona —musitó—. Es que… estoy cansada, nerviosa. Cualquier cosa me altera…

—Sí, lo entiendo. Además, olvidé algo: detestas el rojo…

—Cierto —rió ella—. Bueno, Burt, ¿de qué hablábamos?

—De Mara, de la macumba, de la muerte…

—La muerte… —Se estremeció. Bajó los ojos. Hodiak aún tenía entre sus dedos, jugueteando, la piedra roja. La luz del lujoso apartamento de Lorena, arrancó de ella un fulgor deslumbrante, que tiñó de escarlata las pupilas de la joven. Ella casi gritó, tapándose los ojos—. ¡Oh, por favor, Burt! ¡Ese brillo, esa maldita piedra! ¿No te dije que la pusieras donde yo no la viese?

—Perdona —alzó la mano, con la piedra—. Pero es sólo un brillo inofensivo, Lorena…

Ella abrió los ojos, apartando las manos. Al verse justo ante la gema roja, centelleando ante sus ojos como un faro sangriento, chilló, retrocediendo. Su cara hermosa se transfiguró.

—¡Burt! —aulló, con rara voz estridente—. Burt, fuera… Fuera

esa piedra…

Hodiak avanzó imperturbable hacia ella, la piedra por delante. Lorena cayó sentada, jadeante y sudorosa en un sofá. Junto a él, una mesita con revistas y recortes de críticas y fotografías; unas tijeras pisando todo eso.

—Querida, debes quitarte ideas tontas de la mente —sonrió Hodiak—. Es ridículo que te asuste tanto el rojo… Rojo de vestidos, de piedras, de… rubíes.

El cuerpo de Lorena se convulsionó. Como hipnotizada, miraba ahora la piedra, ya sin ocultar sus ojos de ella, de su brillo carmesí. Y, de repente, se irguió. Rígida, muy pálida… y con las tijeras en la mano.

—Burt Hodiak… —susurró—. Burt… te mataré… TE MATARE… como maté a De Souza a Osborne… No debiste hacerlo… No debiste hacer nacer en mí a la otra…, a la otra LORENA… Te mataré… Te…

Las tijeras se alzaron sobre Burt Hodiak. Éste, rápido, cargó contra ella. Una mano suya aferró la muñeca de la joven. Una fuerza titánica brotaba de sus músculos. Forcejearon. Con la otra mano, golpeó brutalmente en el mentón de la joven.

Lorena puso los ojos en blanco. Con un gemido ronco, se desplomó. Las tijeras, afiladas y punzantes, quedaron en la mano de Burt…

Éste se volvió hacia el teléfono. Iba caminando como un autómata. Se inclinó. Alzó el aparato. Marcó un número.

—Con el comisario Do Santos, por favor… —pidió—. Es urgente…

CAPÍTULO IX

La puerta se cerró. Do Santos y el psiquiatra de la policía, doctor Da Silva, salieron de la estancia. Miraron a Burt, que fumaba impaciente en el exterior.

—Sí, Hodiak —admitió roncamente el policía—. Usted tenía razón. Ella fue la culpable…

—¿Ella? —dudó Burt.

—Entiendo su duda —suspiró el psiquiatra—. Estamos ante un caso de desdoblamiento de personalidad muy singular. Es una variante de la esquizofrenia. Dos personalidades en una. La artista… y la criminal implacable.

—Y solo… por un color: el rojo.

—El simbolismo del rojo es fácil: muerte, sangre, violencia, pasión… En Lorena se producía una mutación. Una especie de versión puramente psíquica del doctor Jekyll y míster Hyde. Un tejido muy rojo, muy brillante, o una gema escarlata, con su destello, producía ese fenómeno singular… La mente anormal emergía del subconsciente, bloqueando su consciencia. Y Lorena Acosta se convertía en una mujer peligrosa, cruel, despiadada… Quizá ese monstruo oculto que todos llevamos dentro, sin saberlo…

—¿Alguna causa especial para ese fenómeno psíquico, doctor?

—Es pronto para decirlo. Quizá un golpe en su niñez… Tiene una antigua herida en su cuero cabelludo. Pudo jugar con alguien, ese alguien la golpeó, sin querer… y ahí comenzó todo.

—Mara —dijo bruscamente Burt Hodiak.

—¿Qué?

—Mara, su hermana —susurró el joven norteamericano—. Ella debió golpearla. Su subconsciente nunca la perdonó. Su «otro yo» quería vengarse. Mataba como en un ritual de vudú. Para inculpar a

Mara…

—Pobre mujer. —Do Santos sacudió la cabeza—: Ni siquiera es responsable de lo que hizo. Supongo que irá a un establecimiento psiquiátrico, por si alguna vez logramos extraer de su mente a «la otra Lorena»…

—La tercera —dijo Burt lentamente—. Estaba seguro. Siempre lo dije. Había otra. Ni Lorena ni Mara eran culpables. Sabía que no podían serlo… Lo que nunca imaginé hasta hoy fue eso…

—¿Cómo se le ocurrió el truco de la piedra roja, Hodiak? —se interesó Do Santos.

—No sé… Recordé los rubíes. Ambos hombres habían tenido en su poder una joya con rubíes. Si no era un crimen ritual… ¿por qué los rubíes? Hablando con Lorena, recordé su vestido rojo… La asesina vestía siempre de rojo… Lorena Acosta, no. Rojo. Varias veces rojo. Era obsesivo. Lo intenté. Fue más fácil de lo que imaginaba…

—Un extraño caso… —susurró el comisario cansadamente—. Y con un amargo final…

—Ahora sólo falta encontrar a Mara Acosta… —murmuró Hodiak—. Y, si es posible, a los sectarios de Satán. No puedo olvidar lo mal que lo pasé con aquellos cangrejos malditos…

* * *

Mara Acosta se presentó a la policía pocas horas después de aparecer la noticia de la detención de su hermana Lorena. La mujer que, estando consciente, ignoraba lo que hacía su «otro yo» —de ahí el fracaso del detector de mentiras y del pentothal sódico—, iba a ser acusada de dos homicidios, uno en Estados Unidos y otro en Brasil. Pero un equipo de especialistas en psiquiatría dictaminaría si era una enferma o no.

Hodiak sabía de antemano la respuesta clínica. Y Mara también.

—Era verdad —confesó la joven al americano—. Yo fui quien le causó sin querer esa herida en la niñez… Con un juguete, creo. Sí, con una caja de laca roja…

—Rojo… Ahí comenzó todo…

—¿Cómo podía yo imaginarlo? Siempre fue tan normal, tan afectuosa conmigo…

—Mara, no debe confundir a su hermana Lorena con el

monstruo que germinó en su cerebro. Sigue siendo la misma…, pero sólo cuando está consciente. Un día sanará por completo, y volverá a la vida, al mundo. Mientras tanto, usted debe ayudarla también, en todo cuanto pueda.

—Lo haré, Hodiak. Pero no sé cómo empezar…

—Yo tampoco. Deje que pase un tiempo. Ahora está destrozada. Es preciso que sepa lo que hizo, mientras era otra persona. Sólo afrontando una realidad tan cruda, podrá salvarse y romper su tumor mental. Ahora, será usted, entretanto, quien más ayuda precise. Yo estoy aquí para ello, Mara.

—Gracias Hodiak. Sé que lo hará…

Se miraron. Se apretaron las manos cálidamente. Burt Hodiak se dijo que aquellos ojos le gustaban más, aun siendo iguales. Y que aquel cuerpo le atraía más…

Sólo necesitaba saber si el beso de Mara sería mejor o peor que el de Lorena.

No quiso dejar para más tarde la prueba. Rodeó con sus brazos a la muchacha. La atrajo hacia sí. Mara le contempló atónita.

—Burt… —susurró—. ¿Qué significa…?

Hodiak no respondió. La besó largamente. Ella respondió a su beso, poco a poco, en una entrega paulatina. Luego sollozó ahogadamente, apoyando su rostro en el pecho de Burt. Él sonrió. Acarició sus cabellos.

—Sí —dijo—. Éste es mejor. Infinitamente mejor…

—¿Qué, Burt?

—No, nada. Hablaba conmigo mismo…

CAPÍTULO X

El caso de la macumba tuvo un inesperado desenlace la noche última del Carnaval.

Dos personas habían sido asesinadas siguiendo un monstruoso ritual. Do Santos estaba seguro de que se trataba de una de las sectas de adoradores de Satán. Y esta vez tenía una leve pista a seguir.

La policía de Río se desplegó por Guanabara, Ipanema y Corcovado, encontrando tres refugios de los siniestros sectarios del Diablo. Todos con caperuzas negras y Lucifer bordado sobre las túnicas. Cayeron varios en la redada.

Y de aquel punto llegaron a la madriguera central, situada en Ipanema, justo cuando tres muchachas jóvenes iban a ser torturadas y sacrificadas en un altar demoníaco. El Gran Maestro de ceremonias trató de escapar, hiriendo a dos policías. La persecución fue encarnizada. Y terminaron capturando al misterioso personaje.

Burt Hodiak fue llamado por Do Santos al Departamento de Homicidios, así como Mara Acosta. Ambos testificaron, a la vista de los detenidos, ataviados con sus disfraces grotescos y terribles:

—Sí. Son ellos. Así vestían, exactamente…

—Bien —suspiró Do Santos, algo pálido, con rara entonación de voz—. Ahora… traed al jefe.

Lo trajeron. Encapuchado y vestido. Burt se estremeció de ira. Mara gimió entre dientes.

Unos ojos malignos les estudiaron con ira desde detrás de la caperuza. Do Santos hizo un gesto cansado.

—¿Es él?

—No es fácil asegurarlo —comentó Burt—. Si oyera su voz…

—Tiene una especie de filtro que la deforma lo suficiente —miró

al jefe satánico—. ¡Vamos, habla! Que te oigan ellos.

Silencio. El Gran Maestro no despegó los labios. Do Santos se irritó.

—¡Habla! —repitió autoritario poniéndose en pie—. No ganarás nada con esa actitud… Te espera una sentencia muy dura… Seguramente la pena capital por tus crímenes abominables…

—¡No puede probar nada! —aulló la voz bajo la máscara.

Calló en seguida. La trampa había funcionado. Ya la voz había sido oída por los testigos.

Mara sollozó, desviando su rostro con horror, muy pálida.

—¡Es él, sí! —afirmó rotunda—. Es su voz…

—Sí —corroboró Burt, sombrío, ceñudo, diciéndose de nuevo que aquella voz tenía algo familiar, pese a su deformación fonética —. Creo que es el mismo…

—Una voz no es una prueba, comisario —avisó sordamente el encapuchado.

—Cierto. Pero puede serlo, unida a otras… Ahora, Hodiak… va a conocer al Gran Maestro, al jefe supremo de los satánicos en Río… Al culpable de aquel ataque criminal de los cangrejos sobre sus cuerpos…

—¡No es necesario que me vea! —protestó con extraña ira el encapuchado—. ¿Por qué esto ahora?

—De todos modos, lo va a saber. Ahí tiene a ese monstruo ejecutor de vidas humanas, en nombre de Lucifer, Burt… ¡Mírelo!

Arrancó la caperuza.

Mara se quedó atónita. Burt Hodiak lanzó una exclamación de incredulidad y se quedó intensamente pálido. Clavó sus ojos en aquel rostro tan conocido…

—¿Es posible…?

—Sí, Hodiak. Es posible. No era un hombre… sino una mujer — la señaló acusador—. Una mujer fuera de toda sospecha en su vida pública… ¡Amanda Soares, locutora de televisión!

La hermosa periodista se limitó a arrojar un salivazo soez al policía, y desapareció entre los policías que sujetaban sus brazos esposados, pronunciando horribles blasfemias…

EPÍLOGO

Fue el epílogo a un caso estremecedor. Aquella mujer sí era un monstruo consciente de su maldad, entregada al culto satánico, no una enferma con dos personalidades en su mente.

La justicia sería con ellas muy distinta, ciertamente. Eso era lo que consolaba a Burt Hodiak y a Mara Acosta, que eran ya muy amigos.

Cuando todo hubo pasado y Lorena fue recluida en un sanatorio para enfermos mentales, Burt Hodiak regresó a Estados Unidos, libre ya de cargos contra su persona.

Pero no volvía solo.

Volvía con su esposa, la señora Hodiak. Mara Hodiak, por más señas…

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada La muerte elige, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy* Cat (Julio Pérez Tabernero, 1973) y El pez de los ojos de oro (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del
ISBN
aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas La conjura (2009) y La clave de los evangelios. En Morsa ha publicado La noche de América agonizante y su autobiografía, Yo, Curtis Garland.

Notas

[1] Jefe de clan entre los adoradores de la macumba. <<

[2] Duende de la selva que simboliza el espíritu de la macumba, sin sexo definido. < <

[3] Elementos llamados del «juego d’os búzios», o caridad practicada a través de medios espiritistas heredados directamente del vudú africano. < <

[4] Rigurosamente verídico, según recientes estadísticas hechas en Brasil sobre la cuestión. <<

[5] Rigurosamente verídico, según recientes estadísticas hechas en Brasil sobre la cuestión. < <